

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 14

Junio-Julio-Agosto 2017

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ; 1'5£
América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

El populismo, ideología pequeño burguesa y reaccionaria, es tan antiproletaria como lo es la democracia burguesa

Desde hace algunos años está de moda etiquetar determinados movimientos o ciertas posiciones políticas con el término de *populista*. Que tiene relación directa con el *pueblo* es evidente, pero, en general, al término «populista», comentaristas y medias le asimilan la característica de demagogia, en cuanto el populismo –a través de apelaciones moralistas dirigidas a una indistinta masa popular para defender las «tradiciones», la «cultura», el «bienestar», los hábitos y la identidad nacional o de raza– tiende a prometer cosas que no se podrán mantener nunca. No se podrán mantener, en realidad, no tanto porque los populistas no quieren, sino porque la presión económica capitalista y los intereses de las clases dominantes y de sus diversas fracciones, junto a las inevitables contradicciones que los enfrentamientos sociales de clase generan, son talmente incontrolables que ninguno de esos llamamientos podrá jamás transformarse en resultado concreto si no es excepcionalmente, en periodos de tiempo limita-

dos y ciertamente no a través de las formas de la democracia, sino a través de las formas del totalitarismo capitalista abierto (como el fascismo y el nazismo demostraron).

Generalmente, el populismo es considerado, precisamente por estos motivos, de derecha y, por ello, tendencialmente antidemocrático. La democracia es considerada, en general, «de izquierdas» por el hecho de ser contrapuesta al fascismo, al totalitarismo, a la dictadura.

En realidad, con el sucederse de las sociedades en la historia, los mismos términos originales han asumido significados ideológicos y políticos diversos y, alcanzada la sociedad burguesa, la democracia ha devenido una concepción en condiciones de contener aspectos del todo diversos y contradictorios; es declinada de las maneras más disparatadas, mayoritaria, verdadera, nueva, directa, de base, de altura, participativa, presidencial, parlamentaria, blindada, popular, proletaria.. En la democracia

burguesa –basta referirse a los Estados Unidos, a Gran Bretaña, Francia o Italia– las formas más abiertas de implicación del pueblo, de los *ciudadanos*, a la vida política, se condensan en las elecciones, es decir en la representación de los diversos intereses particulares existentes en la sociedad que son las reagrupaciones políticas, más o menos organizadas estructuralmente en partidos, en asociaciones o en movimientos. Pero lo que determina la verdadera obra de la representación política en las instituciones democráticas son los intereses económicos específicos que manifiestan (y que les financian y les apoyan). Desde este punto de vista es un error pensar que la clase dominante burguesa sea una asociación del todo homogénea de capitalistas y de sus representantes que se mueve unitariamente y siempre al unísono. En una sociedad basada sobre la propiedad privada y sobre la apropiación privada de la producción social, la

(sigue en pág. 2)

¿Paz en Euskadi?

El anuncio el pasado mes de marzo de que la organización armada ETA iba a entregar todo su arsenal a un grupo de observadores internacionales, encargados de verificar el proceso paz en Euskadi junto con la entrega efectiva del mismo, el 8 de abril ha constituido el último paso de un largo proceso en el que la organización fundada en los años '50 del pasado siglo ha ido filtrando progresivamente su intención de desaparecer.

Por parte del gobierno español (y, en menor medida, del francés) la renuncia a la lucha armada y la posterior entrega de los arsenales ha sido recibida, de cara al público, con indiferencia y con un monótono discurso de jactancia ante la derrota de la organización

armada que se repite desde hace varios años. Efectivamente ETA ha visto sus fuerzas reducidas al mínimo durante la última década. Si bien hablar en términos de victoria del Estado o derrota de ETA no explica realmente nada fuera del discurso democrático y pacifista con que los diferentes gobiernos españoles han pretendido reducir el conflicto armado en Euskadi a términos más propios de cuentos para niños, lo cierto es que la capacidad militar de ETA, la única que mantenía en pie a ETA una vez que su propia base social, el movimiento político que la refrendaba institucionalmente y la vasta red de

(sigue en pág. 4)

EN ESTE NÚMERO

- La Corriente Revolucionaria de los Trabajadores: un aporte a la confusión entre la clase proletaria.

- Naturaleza y objetivos de la Revolución Cubana.

- ¿En Portugal, los muertos y heridos por los gigantescos incendios en los bosques son debidos al negocio del fuego!

- Manchester Arena: una masacre usada cínicamente para remachar la «unión sagrada» entre proletariado y burguesía.

- Huelga General en el Rif: el proletariado y las masas superexplotadas rifeñas dan una lección que debe superar todas las fronteras.

- ¿Para que renazca la lucha de clase del proletariado!

El populismo (viene de la pág. 1)

norma es la competencia, el enfrentamiento, la lucha por acaparar cuotas de beneficio y de mercado cada vez mayores, quitándoselas a los competidores con todos los medios, lícitos o ilícitos; más que de «unión» ente burgueses se debe hablar de «alianza» entre grupos o fracciones que pueden cambiar y transformarse en contrastes y enfrentamientos, según las modificaciones de las relaciones económicas, financieras y políticas entre aquellos grupos o fracciones.

Lo que realmente une a los burgueses no es el «bien común», el «bien de la nación», el interés de todo el pueblo, sino la defensa de un sistema de explotación —del trabajo asalariado— del cual *todos los burgueses* extraen su beneficio. Por otro lado, los trabajadores asalariados, constituyendo en todos los países desarrollados en términos capitalistas la mayoría de la población y teniendo concretamente intereses económicos y sociales completamente opuestos a los de los capitalistas, han demostrado en la historia no sólo el rebelarse contra la explotación capitalista sino también el luchar con métodos revolucionarios para barrerla de la faz de la tierra; por estas razones representan un peligro para el poder de la clase burguesa dominante y la defensa contra este peligro une a todos los burgueses, todos los capitalistas, grandes o pequeños, que tienen en sus manos las riendas de la dirección de las empresas, del Estado central o de las instituciones periféricas. Por ello, lo que une a los burgueses son fundamentalmente dos factores: los negocios de los cuales extraer mayor beneficio, en el propio país o en mercados exteriores según la fuerza de sus propias empresas; el mantenimiento del sistema de explotación del trabajo asalariado y su defensa de los ataques del proletariado en lucha por sus propios intereses de clase y, sobre todo, si este ataque lo realiza con medios y métodos revolucionarios.

El desarrollo del capitalismo, en realidad no sólo ha alargado el mercado a todo el planeta, constituyendo cada vez más el campo decisivo para la competencia intercapitalista e interimperialista, sino que ha vuelto indispensable para todo capitalista, para todo grupo o trust capitalista, si quiere mantener y desarrollar sus propios beneficios, el método de las alianzas, de los acuerdos tanto sobre el plano económico y financiero como sobre el plano político y diplomático. De esta manera, lo que aparece como base característica del desarrollo capitalista es la *red de intereses* tejida entre empresas —no necesariamente del mismo sector económico—, entre holdings, entre Estados; y es sobre esta red de intereses que la burguesía construye su fuerza económica, social, política, sobre diversos mercados y teatros de la competencia. La burguesía, desde su nacimiento, lucha contra las viejas

clases dominantes, contra las burguesías extranjeras, contra el proletariado y contra las fracciones de su misma clase que se oponen al desarrollo de las fracciones más potentes; y continuará luchando *contra todos* hasta que no sea definitivamente eliminada como clase dominante y anulada como simple clase social, cosa que sólo podrá realizarse a través de la lucha revolucionaria de la clase proletaria que, a nivel internacional, cancelando el poder de clase de la burguesía cancela también su poder de clase y, con ello, cualquier división en clases de la sociedad.

Democracia: de reivindicación revolucionaria a máscara del poder burgués.

Democracia, etimológicamente, proveniente del griego, significa «poder del pueblo», poder de todos, contrapuesta por lo tanto a Oligarquía, poder de pocos, poder de una élite.

En la antigua Grecia el «pueblo» que debía poseer el poder político (el poder deliberativo) estaba constituido por los ciudadanos *pleno iure*, es decir, los ciudadanos poseedores (por lo tanto ni los esclavos ni los extranjeros, etc.) que tenían el pleno derecho de votar, y desde este punto de vista estos ciudadanos eran todos iguales y participaban en la asamblea que decidía. Hablamos de una sociedad antigua, esclavista, dividida en clases con intereses enfrentados, donde el concepto de igualdad estaba muy limitado desde un punto de vista materialista y se refería en particular a los ciudadanos varones que eran los únicos que tenían y ejercían los derechos políticos mientras las ciudadanas, además de no tener derechos políticos, tenían derechos jurídicos muy limitados. El concepto de igualdad a nivel económico, social, político y cultural estará en realidad muy limitado durante muchísimo tiempo al género masculino y a los poseedores. Hace falta llegar al desarrollo económico capitalista para que el *pueblo* tome parte en la vida política de la sociedad, poco a poco naturalmente, hasta presionar sobre las desgastadas barreras de contención de la sociedad feudal, haciéndola saltar, para *liberar* el desarrollo económico del nuevo modo de producción y, sobre su estela, *liberar* de los vínculos personales, sociales y jurídicos, a todos aquellos que estaban ocupados, quisiesen o no, en actividades laborales, de los artesanos a los obreros y a los campesinos: *todos* se volvieron *ciudadanos*, todos anhelantes de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, como rezan las grandes palabras que la revolución francesa ha transmitido.

Pero el modo de producción capitalista, desarrollando en la sociedad una estructura económica basada en la propiedad privada (heredera de las sociedades de clase precedentes) y sobre la apropiación privada de la producción social (verdadera característica exclusiva de la sociedad burguesa), ha transformado la liberación de las masas de

trabajadores de los vínculos y de las opresiones características del feudalismo, en una nueva forma de esclavitud, de opresión, la *esclavitud salarial*. El proletariado moderno es aquel que no posee nada si no es su fuerza de trabajo, que es obligado a venderla al capitalista si quiere sobrevivir en una sociedad en la cual cualquier producto, resultado del trabajo industrial, agrícola o de simple cosecha natural, es *mercancía* a vender o a comprar, y cualquier actividad laboral, incluso las de diversión, ocio y esparcimiento está regulada por el *mercantilismo*, así como cualquier actividad de tipo cultural, deportivo, religioso, de caridad y de ayuda social.

La democracia moderna, la democracia de la época burguesa, y sobre todo la de la época imperialista, no sólo no está fundada sobre la igualdad, ni mucho menos sobre la fraternidad, sino que está a mucha distancia de la *libertad*, palabra mágica que en las sociedades divididas en clases quiere decir todo y no quiere decir nada. Indiscutiblemente durante un largo periodo la reivindicación de la democracia política y económica, ha condensado el empuje revolucionario de la nueva clase burguesa que luchaba contra las clases dominantes de las viejas sociedades feudales y asiáticas; y durante un periodo aún largo, durante el desarrollo del capitalismo en el exterior de Europa, gracias a la colonización de todo el planeta, la reivindicación de democracia, con su consecuente independencia política y de autodeterminación de los pueblos, ha constituido, para una buena parte de países, sobre todo en África, Asia y América Latina, el objetivo nacional-revolucionario que hacía dar un paso adelante a la historia colocando, al mismo tiempo, en dificultades al dominio de las potencias imperialistas sobre el mundo.

Libertad, igualdad, fraternidad son grandes palabras en torno a las cuales la burguesía revolucionaria desde el siglo XVII y los comienzos del XVIII ha logrado movilizar a las grandes masas proletarias y campesinas para acabar con el poder de la aristocracia y del clero, liberando a la economía capitalista ya existente de los límites demasiado estrechos e intolerables en los cuales la constreñían los poderes feudales.

Pero aquella «liberación» abría, desde el punto de vista político y social, la era de la libre iniciativa económica, de la libre competencia, del libre mercado, todas «libertades» que podían ser ejercidas con una condición fundamental: tener la *libertad de explotar* sin límites la fuerza de trabajo puesta a disposición por la ruina de la economía feudal y de sus instituciones, y de hacer circular sin límites los capitales en dinero acumulados. En suma, la mistificación de la igualdad, formalmente sólo jurídica, entre capitalistas, proletarios, curas, campesinos, abogados, burócratas, artistas, etc. para los cuales el propio voto vale como el voto de cualquier otro elector, hace de base de la mistificación de la libertad, gracias a la cual cualquier indi-

viduo tiene la misma posibilidad de decisión que cualquier otro individuo, sin distinción de censo, posición social, patrimonio personal, etc. Es como decir que «la ley» de la clase dominante «es igual para todos», lo que, traducido a la realidad, significa que la ley de la clase dominante burguesa defiende los intereses de la clase dominante burguesa, como demuestran los hechos, contra los intereses de las otras clases sociales. Defensa del todo válida incluso en el caso en el cual algún representante de la clase dominante es sorprendido en actividades «ilegales» y reprimido por este motivo.

Pero no obstante la enorme cantidad de hechos que demuestran que la democracia burguesa y sus leyes no logran impedir la corrupción, la criminalidad, la pobreza, la impotencia para prevenir desastres y catástrofes, el mito de la democracia aún resiste. Pero el contenido de aquello que fue la democracia liberal del siglo XVIII, después de dos guerras imperialistas mundiales y la secuencia de las terribles guerras de rapiña locales desde 1945 en adelante y que continúa siendo una trágica realidad, se ha pulverizado completamente, desvelando en realidad el verdadero sentido del régimen burgués, el sentido del totalitarismo capitalista. Un totalitarismo de tipo económico y financiero que en los países más desarrollados se puede permitir invertir consistentes capitales para mantener en pie la máquina propagandística de la democracia y la superestructura religiosa y social que justifica su existencia, mientras en los países menos desarrollados en términos capitalistas se muestra más claramente —aun si estos países son repúblicas democráticas— el sentido del autoritarismo y de la represión incluso de la más simple libertad individual.

¿Qué es la tan aclamada democracia? Es una palabra vacía y su uso rebela el objetivo oportunista y, en sustancia, reaccionario de continuar la obra de intoxicación del proletariado hasta el punto de impedirle reconocer no sólo a sus verdaderos enemigos de clase, sino incluso a sí mismo.

El populismo, de ideología veleidosa y parasocialista a instrumento de la reacción burguesa.

El populismo, según el marxismo, es la ideología política que niega las divisiones en clase de la sociedad y, por lo tanto, la lucha entre las clases antagonistas. El populismo concibe sólo una particular forma de antagonismo social: por un lado la mayoría de los ciudadanos —el famoso pueblo— y, por el otro, una pequeña minoría de «privilegiados», aquella que los periodistas gustan de llamar «casta». Esta ideología sostiene, en síntesis, que el «pueblo» (en cuanto mayoría absoluta respecto a la élite) es portador de valores positivos mientras que las minorías elitistas son fácilmente corruptas y corrompibles, por lo que representan valores negati-

vos.

Históricamente el populismo, como ideología y organización política, nace en Rusia, después de la abolición de la servidumbre de la gleba, como respuesta a la permanente represión del poder zarista. Fue una ideología que representaba el malestar social de la pequeña burguesía urbana y rural, con la cual se intentaba empujar al vasto campesinado ruso a la rebelión y a la revolución contra el zarismo; de hecho, junto a las diferentes corrientes del populismo ruso, todos concebían la comunidad rural rusa como base para la emancipación del poder de la autocracia y, junto a la comunidad rural rusa, concebían a la pequeña tienda artesana, la pequeña producción, como la base sana de la sociedad porque esta, según dicha concepción, portaba el vínculo directo entre productor y producto que el capitalismo estaba destruyendo para siempre. Se mezclaban, además, conceptos anarquistas y parasocialistas y, como era típico de la época, el populismo se hizo conocer sobre todo por las acciones terroristas (como el atentado contra el zar Alejandro) a través de los cuales «el pueblo» debía defenderse del dominio del capital y de los burgueses a los cuales la autocracia, quisiese o no, había abierto la puerta; pero, en seguida de la fortísima represión por parte del poder zarista, se desarrolló un populismo legalista que pedía al mismo zar (y por lo tanto al Estado por él representado), al que anteriormente quería asesinar, que desarrollase una forma económica no basándose en la gran industria sino en las comunidades rurales.

El populismo, frente al avance majestuoso del modo de producción capitalista, a su progreso técnico y al de su aumento de la productividad, intentaba veleidosamente cerrarle el paso basándose en el presupuesto de que «el pueblo» en cuanto tal, gracias a su laboriosidad y a sus tradiciones históricas, era de por sí una fuerza; con el presupuesto de que la «voluntad» del pueblo —que constituye la mayoría— es la «justa voluntad» y de que en él no existen diferencias de clase y de lucha entre las clases, sino que existen individuos ligados los unos a los otros por el trabajo colectivo y por el actuar unánime, como si fuesen unidos por destinos históricos especiales. Es inútil decir que el populismo se abstrae completamente de las causas profundas del desarrollo de la economía social, por lo tanto de las relaciones de producción, y que por ello, aun cuando avanzaba críticas justísimas al capitalismo y a la burguesía, no estaba en condiciones de formular un programa histórico de emancipación social real como sí hacía el marxismo que, con el materialismo histórico y dialéctico y con el determinismo histórico, introdujo en la concepción de la historia la explicación del desarrollo de las sociedades humanas que han hecho de la teoría marxista la ciencia social por definición.

Que la ideología populista es de naturaleza típicamente pequeñoburguesa es evidente. La pequeña burguesía se

encuentra entre las clases fundamentales de la sociedad capitalista —los propietarios de tierras y los capitalistas (que forman parte de la clase burguesa dominante) y el proletariado— y sufre inevitablemente la influencia de las relaciones de fuerza entre ellas, oscilando continuamente hacia la gran burguesía o hacia el proletariado. Es en cualquier caso válida y firme la observación que hace Marx en su escrito *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, de que no hace falta creer «que la pequeña burguesía tenga por principio el poner en primera línea un interés egoísta de clase. Ella cree que las condiciones *particulares* de su emancipación son las condiciones *generales* con las cuales la sociedad moderna puede obtener su propia liberación y puede evitar la lucha de clase» (1) Las ilusiones de la pequeña burguesía son las de sustraerse a las consecuencias de la lucha de clase entre el proletariado y la burguesía; pero cuando esta lucha irrumpe sobre la escena, ella, por intereses materiales y económicos inmediatos, está de parte de la defensa de la propiedad privada y del intercambio mercantil, por lo tanto de la burguesía.

La ideología pequeño burguesa es hija, contemporáneamente, de los prejuicios de las viejas clases sociales vencidas por la burguesía, del modo económico de la pequeña producción y de la pequeña propiedad privada, y del mercantilismo a través del cual mantener relaciones entre pequeños productores y pequeños tenderos. Es una ideología reaccionaria porque el camino de la historia no puede darse la vuelta y porque, para defender el mundo de la pequeña producción y de la pequeña propiedad privada la pequeña burguesía es empujada a combatir contra todo lo que representa un peligro para su pequeño mundo, en particular la lucha de clase del proletariado, porque en esta lucha ella ve —justamente!— su fin definitivo.

En el curso del desarrollo del capitalismo, y de sus crisis, la pequeña burguesía ha gozado de una serie de ventajas económicas y de privilegios sociales en los periodos de expansión económica, pero ha sufrido la ruina en los periodos de crisis. Es la oscilación entre periodos de expansión y periodos de crisis económica la que la hace oscilar hacia posiciones de extrema reacción y posiciones radicales incluso de carácter terrorista; en realidad ella no está en condiciones de defender sus propios objetivos históricos por la simple razón de que no los tiene sino que es empujada por las mutables relaciones de fuerza entre las dos clases principales de la sociedad a apoyar o a hacerse instrumento de una o de otra de las clases en el intento de salvar su posición social, su mundo de la pequeña producción y de la pequeña propiedad privada. Por ello está destinada —cuanto más resiste en el tiempo el régimen burgués y, por lo tanto, más despótico y autoritario se hace su poder social y político— a con-

(sigue en pág. 4)

¿Paz en Euskadi?

(viene de la pág. 3)

apoyo con que contó en Euskadi se fueron alejando de su órbita, se redujo a su mínima expresión desde el fin de la tregua que declaró en 2006 para negociar con el gobierno del Partido Socialista.

Pero ni los orígenes de ETA ni su posterior desarrollo hasta llegar a su práctica disolución actual pueden entenderse en términos exclusivamente militares. No fue la capacidad de fuego de ETA la que permitió que existiese durante más de cuarenta años y que sobreviviese incluso a la desaparición del referente norirlandés del IRA. La realidad del País Vasco, la persistencia en esta región de una serie de problemas sociales que la burguesía española nunca pudo resolver, sumada a la potentísima industrialización de los años '60 y '70, cuajada de grandes conflictos en las fábricas y en los barrios y pueblos proletarios, configuraron un escenario en el que la perspectiva lucharmadista de ETA cobró gran fuerza incluso entre sectores sociales tradicionalmente ajenos al nacionalismo. La posterior represión que el Estado español llevó a cabo, especialmente con los gobiernos del PSOE que organizaron la contrainsurgencia de los GAL, acrecentó un conflicto que se desarrollaba dentro del contexto de la reconversión industrial, el incremento del desempleo, la introducción de la heroína como vía para aniquilar a la juventud más dispuesta a la lucha, etc. Hoy el llamado conflicto vasco no ha desaparecido. Ni el capitalismo está en condiciones de dar una respuesta satisfactoria a los problemas sociales

que le dieron comienzo ni la burguesía vasca y española están dispuestas a reconocer tan siquiera que existen una serie de tensiones derivadas de más de cuarenta años de lucha armada que no se acaban con el cese de la actividad de ETA. En lo esencial, ETA y el movimiento que le dio vida y la sostuvo a lo largo de los años, puede presentar en su haber la victoria de haber desviado la lucha proletaria hacia postulados nacionalistas recubiertos de un pseudo marxismo de corte estalinista. Ese logro nunca va a ser rebatido por los enemigos jurados de ETA, pero es la causa de que las tensiones sociales en Euskadi sigan siendo de una gran intensidad, de que el fin de ETA no signifique el fin de los problemas que le dieron lugar y de que, en un momento dado en que la fuerza de la clase proletaria del País Vasco vuelva a hacer sonar las alarmas, un movimiento del tipo del ya disuelto pueda volver a ser llamado a la escena social para frenar de nuevo a esta fuerza.

El trabajo de los marxistas revolucionarios, de los comunistas internacionalistas, en este terreno como en tantos otros está limitado hoy a una crítica de las armas que destruya, al menos en el terreno del trabajo teórico, el infundio de un movimiento nacionalista que, en Euskadi, interese también al proletariado. Sólo por esta vía podrá plantearse, mañana, en un contexto más favorable al trabajo de los marxistas revolucionarios, la posibilidad de que el proletariado reencuentre el terreno de la lucha de clase y no los sucedáneos que el nacionalismo y el reformismo armado le ofrecen.

Marx, Engels y Euskadi

Toda la posición del marxismo al respecto del planteamiento y ulterior desarrollo de la cuestión nacional en Euskadi está contenida en un párrafo, no desconocido pero sí «olvidado» o denostado por parte de las fuerzas políticas que han pretendido reivindicar cualquier suerte de marxismo nacionalista, del texto *La lucha de los magiares*:

No hay en Europa ningún país que no conserve, en cualquiera de sus rincones, uno o varios vestigios de pueblos, restos de viejas poblaciones desplazadas y sojuzgadas por la nación llamada a ser, con el tiempo, la portadora del desarrollo histórico. Estos restos de naciones implacablemente pisoteadas, como dice Hegel, por la marcha de la historia, estos desechos de pueblos, se convierten a cada paso, y lo seguirán siendo hasta o su total exterminio o desnacionalización, fanáticos agentes de la contrarrevolución, pues toda su existencia es ya, en general, una protesta en contra de cualquier gran revolución histórica.

Así acontece, en Escocia, con los gaélicos, puntales de los Estuardo de 1640 a 1745.

Así, en Francia, con los bretones, puntales de los bretones de 1792 a 1800. Así en España, con los vascos, puntales del rey don Carlos. [...] (1)

Y continúa Engels, en este artículo de la *Nueva Gaceta Renana*, desgranando la posición que, respecto a las revoluciones nacionales que estaban teniendo lugar en la Europa sacudida por las convulsiones de 1848, mantienen los *sudeslavos* panes-

El populismo

(viene de la pág. 3)

vertirse en la fuerza reaccionaria por excelencia en defensa de la conservación social.

El populismo de hoy tiene poco que ver con el populismo de la mitad del siglo XVIII o con el de los primeros decenios del siglo XIX. En la época en la cual los grandes países capitalistas eran gobernados con los métodos de la democracia liberal, el populismo no era sino una tendencia política del reformismo y, por ello, podía teñirse con los colores del «socialismo» o del «cristianismo» visto su ideal de «pueblo» (el «pueblo trabajador» antes que el «pueblo de Dios»). Hoy, a la vez que el reformismo, el populismo sufre todos los efectos de un largo debilitamiento tanto sobre el plano ideológico como sobre el político y social. Todos los partidos declaradamente burgueses, de derecha o de centro, y todos los partidos de la llamada izquierda –burgueses hasta el tuétano– contienen conceptos y formas de propaganda que son definidas como «populistas» pero que probablemente fue-

se más justo definir como «populares», en el sentido más negativo del término, porque su contenido está compuesto de frases hechas, de eslóganes, de prejuicios, de lugares comunes; y, en cuanto «populares», seguramente referibles al concepto de *democracia* vuelto también vacío, confuso, nebuloso, usado en cualquier salsa, tanto da haber perdido su característica histórica, pero no, para la clase obrera, la capacidad de embaucar aún en sus engaños a los proletarios de medio mundo. Pero sobre el concepto de «popular» volveremos en un próximo artículo.

Ya se trate de la Lega Nord, del Movimiento 5 Estrellas, del Partido Democrático o de Forza Italia, de Macron y su «En marche» o de Podemos, el populismo es lo mismo; cada uno utiliza sus elementos según sus conveniencias inmediatas. Pero, como los partidos tradicionales y de la «vieja política» también los *nuevos* Movimientos, los *nuevos* Partidos se colocan sobre la misma línea de continuidad de la conservación social: en tanto se combaten entre ellos para llegar al gobierno del país y colocar las manos en las cajas del Estado, están mancomunados en la misión histórica

burguesa por excelencia: controlar e influenciar a las masas proletarias con el fin de que su rabia y su reacción violenta ante las condiciones de vida cada vez más insoportables no superen los límites entre los cuales el poder burgués puede aún controlarlos, con la represión más dura si es necesario; con el fin de que sean siempre reconducibles sobre el terreno en el cual el renacimiento de la lucha de clase –porque la lucha de clase renacerá inevitablemente– sea sofocada y rechazada. Para esto sirven sobre todo los partidos, las instituciones, los métodos y los mecanismos democráticos: para debilitar al proletariado de manera que no pueda reconocerse como la única fuerza de clase en condiciones de dar la vuelta por completo a la situación, colocando en primer lugar entre sus objetivos de lucha el de la emancipación de la esclavitud del trabajo asalariado y, por lo tanto, el camino necesario para lograrla.

(1) Cfr. K. Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú.

lavistas que querían ver «la inversión de todo el movimiento europeo, que, [...] no debiera marchar de Oeste a Este, sino de Este a Oeste, ya que el que el arma de la liberación y el nexo de la unidad sea, para él, el látigo ruso, como lo más natural del mundo». (2)

¿Se trata aquí de que Marx y Engels viesen en bretones, gaélicos, vascos o sudeslavos pueblos genéticamente impedidos para la revolución? ¿De que quizá la constitución racial de dichos pueblos les apartase de la senda revolucionaria general que en toda Europa Occidental llevó a la burguesía al poder, culminando las revoluciones democráticas entre 1848 y 1871? Obviamente, no. Nuestro partido hace ya más de medio siglo que colocó esta afirmación, no aislada, no contingente, no dictada por las circunstancias y susceptible de haber sido corregida por otras diferentes, en sus justos términos junto a otras similares que conforman el trabajo de Marx y Engels sobre la cuestión nacional y sobre los procesos revolucionarios en los que la burguesía lleva a cabo luchas de sistematización nacional apoyándose tanto en sus propias fuerzas como en la colaboración de la clase proletaria y de otras clases subalternas (campesinos, artesanos, miembros de naciones oprimidas). Pueden leerse, además de los textos fundamentales de Marx y Engels o los de Lenin y la III Internacional (3) los trabajos sobre este tema publicados en la prensa histórica de nuestra corriente (4).

De manera muy sintética la realidad de esta afirmación puede expresarse de la siguiente manera: para el marxismo revolucionario el enfrentamiento entre clase proletaria y burguesía industrial no agota todo el conflicto social que se desarrolla en la sociedad contemporánea. Al margen de la supervivencia incluso en las naciones más desarrolladas en términos capitalistas de restos de estructuras sociales previas al capitalismo (de pueblos a los que el «progreso» burgués no ha llegado, pervivencias estas que muestran la existencia de otras clases sociales que luchan por defender sus intereses y que plantean sus propios programas políticos y su propio sistema de reorganización de la sociedad) es vital para el marxismo mostrar la existencia de diferentes áreas históricas donde la sucesión de los modos de producción ha seguido un ritmo diferente al del área euro-americana: Rusia, que ve el ciclo de la revolución burguesa cerrarse en 1917; Asia, donde este mismo ciclo comienza con el despertar de los pueblos que traen las sacudidas revolucionarias de los años '20 del siglo pasado pudiéndose dar ya por acabado y África donde este mismo ciclo se da con una intensidad menor pero que sigue la misma cronología.

Pero esta realidad dispar en los ritmos de la evolución no niega sino que, pasados más de 150 años desde la

primera vez que se afirmó, remacha con claridad que el paso de las sociedades preburguesas al capitalismo (formación de un mercado nacional, desarrollo del capital y del trabajo asalariado a gran escala, etc.) es inevitable y, por ello, un factor progresista sobre el que el proletariado internacional debió apoyarse para abatir el poder de la burguesía también en los países más avanzados donde el capitalismo ya había entrado en su fase imperialista y se nutría de la presión ejercida sobre aquellos pueblos menos avanzados.

Esto no implica que el proletariado debiese perder su programa político independiente y ceder en su acción autónoma de clase en favor de la doctrina y la política nacionalista de las burguesías locales que se rebelaron contra la opresión nacional y colonial. Lejos de ello, ya el trabajo de Marx y Engels consistió en, a la vez que garantizar el apoyo del proletariado europeo a estos movimientos emancipatorios (Irlanda y Polonia como casos más importantes en su época), criticar despiadadamente la doctrina de los jefes revolucionarios burgueses que veían en la nación, la democracia y la libertad económica de su región no un medio sino un fin último alcanzado el cual el orden y la paz social reinarían, excluyendo posteriores enfrentamientos entre proletarios y burgueses como en el resto de las naciones ya constituidas. La base de la revolución proletaria, al margen de donde encuentre esta su impulso inicial, es internacional. Por lo tanto la estrategia de esta revolución, que responde a las variaciones que se presentan en las diferentes áreas históricas en lo que respecta a las tareas que el proletariado debe asumir en las revoluciones que en estas se den, es igualmente internacional, teniendo un fin último común y, sobre todo, debiendo tener una organización única, el partido comunista.

Para el caso del llamado «pueblo vasco» Marx y Engels realizan una crítica, tan despiadada como concentrada, de su futuro a partir de la realidad que constatan en el momento en que las revoluciones burguesas en toda Europa Occidental están a la orden del día. Y cuando se afirma *en toda Europa Occidental* se incluye también a España, mal que le pese al conjunto de apologetas pasados y presentes del estalinismo que quieren ver el siglo XIX español como un periodo de retraso respecto al fenómeno común al resto de Europa. España, desde 1.808 sufrió una serie de levantamientos que marchaban en la dirección de enfrentarse a la pervivencia de restos feudales en el país. Primero contra la invasión francesa, posteriormente contra la restauración feudal de Fernando VII, después contra las pretensiones carlistas de imponer al pretendiente feudal Carlos y contra las maniobras

conciliadoras de la regente Maria Cristina y, finalmente, contra la reina Isabel II. Todos estos levantamientos van a tener un componente social y un programa político similar. Por la base, las clases sociales oprimidas social y políticamente por el peso del dominio de la Corona y de la nobleza, campesinos pobres, artesanos, pequeños núcleos del proletariado naciente... Como directores ideológicos, y con una fuerza numérica mucho menor, clases acomodadas que hacían sus negocios en el mundo feudal y que aspiraban a ampliar estos liquidando la opresión política que pesaba sobre ellos: agricultores con propiedades ansiosos de beneficiarse de las desamortizaciones de los bienes eclesiásticos, pequeños industriales, comerciantes de las ciudades de la periferia costera, etc. Y en la cúspide los grandes líderes, aristócratas pasados al campo de la revolución o importantes comerciantes que buscaban un pacto entre el *status quo* feudal y las nuevas fuerzas sociales que se desarrollaban. Todo ello cohesionado por un ejército que aglutinaba, sistematizaba y organizaba a todas estas clases sociales desde la Guerra de la Independencia dándoles una fuerza que su débil desarrollo no les permitía. Este conjunto abigarrado de capas sociales se desarrolló económica, social y políticamente en un país con escasa importancia demográfica, con fortísimas corrientes centrífugas heredadas de la quiebra del glorioso pasado imperial, donde históricamente existía un sistema mixto que compaginaba fórmulas clásicas de las naciones modernas, elementos típicamente capitalistas desarrollados a la par que aquellos de las repúblicas italianas del Renacimiento y un fortísimo peso de las clases reaccionarias feudales (organizadas de acuerdo a un sistema que, según Marx, era más propio del despotismo asiático). Presentó un programa democrático revolucionario sumamente débil, que necesitará para imponer sus principales medidas prácticamente un siglo y que, incluso entonces, será únicamente a través de pactos anti revolucionarios con las clases dominantes feudales como logrará lograr su reconocimiento. Pero, sin duda, constituyó el cuerpo social del proceso de sistematización nacional, de creación de un mercado interno, del logro del poder por parte de la burguesía, de triunfo del capitalismo en pocas palabras. Y lo hizo la mayor parte de las veces con las armas en la mano, confiriéndole a este proceso indudables características revolucionarias que fueron homologables a aquellas que se presentaron en países como Francia, Alemania o Estados Unidos.

Frente a ellas, la pequeña burguesía urbana y rural, los artesanos de las

(sigue en pág.6)

¿Paz en Euskadi? (viene de la pág. 5)

grandes ciudades y los pequeños núcleos proletarios enucleados en torno a Barcelona pero diseminados por todo el país, encontraron también a un conglomerado de clases sociales que combatieron en nombre de la defensa del orden precapitalista. Y no fueron únicamente las clases poseedoras feudales quienes conformaron este conglomerado. El complejísimo desarrollo social de España, donde se cuenta con islas de verdadero capitalismo comercial desde el siglo XV, con desarrollos sumamente desequilibrados entre sí de las diferentes regiones, con un sistema de la propiedad de la tierra que presenta inmensas variaciones de un punto a otro de la península, y, consecuencia de todo ello, con una prácticamente nula homogeneización nacional, que en ningún momento logró anular las diferencias entre los diferentes pueblos españoles, dio lugar a que el contraste entre las diferentes zonas del país se tornase en un violento enfrentamiento entre los sistemas económicos y políticos que dominaban en cada una de ellas.

Fue, sobre todo, el caso de los vascos en las Guerras Carlistas. En estos conflictos, especialmente en el primero (1833-1840) la sublevación de los seguidores del pretendiente Don Carlos a la sucesión del reino, contó con un fuerte apoyo en el medio rural vasco. Las reivindicaciones forales, es decir, la exigencia del respeto a las leyes feudales locales que regían la zona vasca y mediante las cuales esta se relacionaba con el resto de España, y la lucha por la defensa de las tierras comunales, en perspectiva de desaparecer debido a las promesas liberales de desamortización civil y eclesiástica, agruparon detrás de la bandera del pretendiente reaccionario a las clases campesinas (un campesinado acomodado en comparación con el jornalero y el semi-proletario del campo andaluz o manchego) y a las clases propiamente feudales. En frente de ellas no tuvieron exclusivamente a otro partido dinástico, sino, como se ha señalado, al conjunto de capas sociales interesadas en liquidar definitivamente los privilegios feudales entre los cuales estaban los Fueros locales, importantísima rémora para la constitución de un mercado nacional. Por supuesto las exigencias burguesas que se pusieron en juego durante las Guerras Carlistas, permanecieron subordinadas a las exigencias del partido que proponía a Isabel y su madre María Cristina para el trono. Este partido se encontró presionado por ambos lados, por el militar debido a la gran potencia del ejército carlista y por el social debido a la presión que pequeño burgueses, masas urbanas,

campesinos, etc. ejercían sobre el terreno de las medidas liberalizadoras inmediatas. Este doble fuego, de hecho, llegó a forzar la salida del país de la regente María Cristina, una vez finalizada la guerra, con un pacto de compromiso entre el partido feudal y el centralista.

El papel jugado en estas guerras por el partido vasco agrupado tras la defensa de los fueros y del respeto a las tierras comunales (de él hay que excluir a las burguesías comerciales de las grandes ciudades vascas Bilbao y San Sebastián), partido que ejemplificó la pervivencia histórica del pueblo vasco tal y como se le entendía durante la Edad Media, fue un papel abiertamente reaccionario. Se colocó en contra de la revolución burguesa que se desarrollaba bajo la batuta de los ejércitos de Madrid, por lo tanto en contra de la liberación de las fuerzas sociales que debían abatir el feudalismo, en contra del desarrollo de la industria moderna y del moderno proletariado que es su creación más relevante. Más allá de las fronteras nacionales, las fuerzas carlistas se colocaron contra la revolución burguesa que se desarrollaba en toda Europa (recordemos que la Segunda Guerra Carlista tiene lugar en el periodo de las revoluciones de 1848) y su victoria habría ido, por lo tanto, destinada a instaurar un sólido poder reaccionario que habría actuado negativamente contra el movimiento revolucionario europeo.

Es por ello que las posibilidades nacionales de los vascos, la misma existencia del pueblo vasco como entidad con derecho propio, se colocaba, para Marx y para Engels, en contra de la perspectiva revolucionaria, que entonces consistía en la abolición de los regímenes feudales y señoriales, en la consolidación de la burguesía como clase nacional y en la consecuente apertura de la fase de lucha abierta entre proletariado y burguesía. Es por ello que los vascos, como pueblo que sintetizaba social e históricamente, la pervivencia del mundo feudal debían extinguirse, desnacionalizarse, en pocas palabras desaparecer como residuo de pueblo que el curso de la historia había enterrado despiadadamente (por decirlo con Engels). Su perspectiva nacional, su perspectiva de sobrevivir como nación independiente, se posicionaba contra el proceso de sistematización nacional burguesa que estaba entonces en el orden del día, no aportaba ni un elemento progresivo en la medida en que sólo podía llevar a consolidar monarquías aún más reaccionarias que la que dominaba entonces España. Y así lo hizo al menos en dos ocasiones más, la más relevante de las cuales tuvo lugar en 1872, durante el sexenio revolucionario, cuando encabezaron la respuesta armada del partido reaccionario y feudal contra la agitación social que vivió España y

que vio al proletariado aparecer en escena por primera vez.

La «cuestión vasca», entendida como posibilidad de que una nación vasca se insertase en el mapa de los países durante el periodo durante en el que se liquidaba finalmente el feudalismo en Europa, es cerrada por Marx y Engels desde el momento en que muestran que tal nación tendría un sentido abiertamente contrarrevolucionario y que, por lo tanto, no podría sino ser destruida, *implacablemente pisoteada por la historia*, al paso de las fuerzas revolucionarias desatadas en esta región del mundo. El hecho de que el movimiento nacionalista vasco haya continuado durante más de ciento treinta años existiendo y luchando incluso con las armas contra el poder central de Madrid, por una independencia anti histórica, demuestra, por un lado, la debilidad del poder central burgués que no ha logrado integrar en el proceso de desarrollo político al «pueblo vasco» uniendo efectivamente la nación española y, por otro lado, la exactitud de la afirmación del *Manifiesto* de 1848 según la cual la burguesía está siempre en lucha no sólo contra las fuerzas precapitalistas y contra el proletariado, sino también contra las facciones burguesas con las cuales mantiene enfrentamientos sobre el plano de los intereses económicos y políticos. Que estos enfrentamientos se vistan con las ropas del «nacionalismo», del «particularismo», del «autonomismo» es normal en el régimen burgués porque es a través de estos conceptos que los más crudos y profundos intereses económicos se «ennoblecen» ideológicamente.

Euskadi no es Argelia

Este no es el lugar para entrar a explicar las causas de la persistencia histórica del nacionalismo vasco y de su auge durante los periodos más convulsos de la historia de España en los siglos XIX y XX. Se trata únicamente de centrar el valor real de la reivindicación nacional vasca en el contexto de las luchas nacionales durante el periodo de la revolución burguesa en Europa (1789-1871). Hemos visto como, de acuerdo a las posiciones mantenidas por el marxismo, desde un primer momento la misma existencia de un pueblo vasco que conservase sus particularidades históricas diferenciadas, es decir, de un pueblo con perspectivas de constitución nacional, es vista como una rémora del mundo feudal que no juega ningún papel progresivo en el proceso de sistematización nacional de la Europa revolucionaria. El fin de este proceso, que tiene lugar también para España en 1871 con la confederación de las burguesías francesa y alemana contra el proletariado parisino, por lo tanto

con la declaración definitiva de que todas las burguesías nacionales europeas estaban, desde ese momento, aliadas contra el proletariado, no hizo variar la perspectiva histórica de las veleidades nacionales vascas, sino que la remachó dando por concluida definitivamente cualquier posibilidad territorial de comprender un hipotético país vasco que unificase los territorios vascos al Norte y al Sur de los Pirineos. ¿Significa esto que en el actual País Vasco con el advenimiento definitivo del Estado nacional español desapareció definitivamente el problema nacional? Está claro que no: más de cien años de persistencia de los diferentes aspectos de este problema lo evidencian. El Estado español no ha sido, en ningún caso, para ningún territorio ni para ninguno de los problemas que afectan a la creación de un Estado burgués moderno al estilo europeo o americano, un ejemplo de solvencia. Sus características históricas lo han impedido, dando lugar tanto a una unidad territorial más que cuestionable en la que la tendencia natural a la federación de las diferentes regiones ha sido coartada o aceptada según el periodo histórico que se considere, como a un régimen político sumamente inestable y que siempre ha parecido estar al borde del precipicio.

Esta inestabilidad política y regional ha tenido como consecuencia no sólo la insuficiente integración unitaria de las diferentes zonas del país sino, también, un reverdecer periódico de los movimientos nacionalistas en ellas como resultado de las presiones que las crisis sociales características del capitalismo han generado. Crisis estas que no se refieren únicamente al terreno económico sino también a los problemas de gobernabilidad del país, a la aparición de nuevas fuerzas sociales en liza (como el proletariado) y que han dado su peculiar fisonomía histórica al país. Cuestiones como la lengua, la cultura regional tradicional, los vestigios de legislaciones previas, etc. han compuesto un abigarrado elenco de recursos a los que los diferentes movimientos para-nacionalistas han hecho referencia cuando causas sociales de un calado mucho mayor los han puesto en movimiento.

En el terreno que nos ocupa la aparición de un particularismo nacionalista vasco armado bajo las siglas de ETA, obedece a una doble causa fundamental: los profundos cambios que afectan a la región vasca a lo largo de los años '50-'60 y a la intensidad de la presión que el gobierno central franquista ejercía sobre la población de esta. Razones ambas que dieron lugar a una serie de reacciones que se pueden entender como un revivir de la defensa de las peculiaridades históricas de la región vasca. Dentro del primer ámbito se sitúa la creciente industrialización del País Vasco que, sobre la base de una

industria minera y metalúrgica previamente existente, vio la aparición de nuevas fábricas instaladas en diferentes pueblos y ciudades, la inmigración de una gran cantidad de población rural del resto del país en busca de empleo en ellas y el desgarramiento del tejido social previamente existente. Este fenómeno de industrialización implicó, como es natural, un desgarramiento en la trama social existente hasta el momento: en buena parte del País Vasco, de los caseríos se pasó a las factorías, de las comunidades vasco parlantes a la generalización del castellano como lengua, etc. Respecto al segundo ámbito, a la presión social ejercida por el Estado franquista, el encuadre autoritario que este había impuesto en todos los aspectos de la vida social comenzó a ser incapaz de contener el desarrollo de esta misma vida: una generación después de la Guerra Civil, los propios hijos de la burguesía que había aceptado el Estado franquista incluso como mal menor, la pequeña burguesía que respiraba tras años de fortísima presión económica y el propio proletariado que volvía a crecer sobre bases amplias, comenzaron a hacer saltar los goznes de la estructura política existente a medida que el propio desarrollo económico ponía sobre la mesa exigencias que las tendencias típicamente franquistas de control y centralización de las fuerzas sociales no podían ya solventar. Mientras que en el conjunto de España, especialmente en las principales ciudades como Madrid, esta evolución social tomaba la senda de las exigencias de cambio democrático para las clases burguesa y pequeño burguesa y de luchas obreras espontáneas para el proletariado, en el País Vasco estas exigencias estuvieron desde un primer momento ligadas a la defensa de una supuesta «nación vasca» que reaparecía después de décadas oprimida. Reaparición que significaba, sencillamente, que diferentes sectores de la pequeña burguesía local, de los estudiantes y de algunos elementos de la burguesía, enarbolaban un nacionalismo cultural en el que buscaba el argumento de peso contra la presión del régimen franquista. No es un dato sin importancia el hecho de que ETA haya aparecido directamente vinculada a las juventudes del Partido Nacionalista Vasco, organización cuyo referente político ha sido siempre la defensa de la «patria vasca» vinculada a parámetros raciales y a un tradicionalismo que haría sonrojar al mismo régimen franquista. Considerar, tanto en el momento de su surgimiento como hoy en día, que ETA pudo tener un carácter revolucionario anticapitalista, implicaba e implica olvidar sistemáticamente su matriz original, no ya anti comunista sino incluso abiertamente anti liberal y anti obrera: incluso sus actuales apologetas tienen que pasar de puntillas sobre las

posiciones políticas concretas, más allá del nacionalismo cultural general, que la organización defendió desde sus comienzos.

Pero la fuerza que en su momento cobró ETA, fuerza que la mantuvo con vida a lo largo de los agitados años que siguieron a su nacimiento, no hay que buscarla en las elucubraciones de los diferentes grupos de estudiantes radicalizados que la fundaron, sino en una tensión social de la que fue respuesta (respuesta de signo reaccionario) y que la hizo evolucionar hasta encontrar una justificación más política, más universal, que la de la simple defensa de la moderna *ley vieja*. Es habitual vincular el surgimiento de ETA y su posterior desarrollo a la aparición, desde la segunda postguerra mundial, de los movimientos de liberación nacional en África, Asia y América, identificándola tanto con las organizaciones que encabezaron estos como con el conjunto de guerrillas y otro tipo de grupos armados que participaron de una manera u otra en ellos. Tal afirmación implica, en primer lugar, asimilar la situación del País Vasco con la de Argelia, Indochina, Angola, Cuba e incluso con la de la misma Irlanda del Norte. Es decir, de acuerdo a esta posición en el País Vasco existiría por un lado una potencia imperialista (o dos, si incluimos a Francia) y, por otro, un pueblo (un proletariado, una pequeña burguesía, una burguesía, etc.) oprimidas que serían portadoras de la tarea revolucionaria de independizar su país en lo que sería una continuación de las guerras de sistematización euro americanas del siglo XIX. Esa era la realidad y esas eran las perspectivas de amplias regiones del globo cuando, tras el estallido revolucionario en Rusia, tras la conquista del poder por los bolcheviques y la apertura del ciclo revolucionario de 1.917, las masas explotadas y oprimidas por las metrópolis imperialistas fueron lanzadas a la lucha contra sus amos. Esta entrada en la escena de la lucha de clases mundial ya no de los proletarios europeos y americanos, sino de diversas clases sociales de diferentes orígenes geográficos, con unas tareas democrático-revolucionarias que realizar (la fundamental de ellas la conquista de la independencia nacional por medio de la guerra civil) en los territorios que eran patrimonio de las principales potencias económicas y militares, tuvo sus repercusiones a lo largo de todo el periodo de la IIª postguerra mundial, alcanzando su apogeo con la derrota del ejército americano en Vietnam, con la salida de Francia y Portugal de Argelia y Angola respectivamente, etc. Para los historiadores oficiales del movimiento nacionalista vasco, en Euskadi se habría dado una situación

(sigue en pág. 8)

¿Paz en Euskadi? (viene de la pág. 7)

similar en la cual ETA habría jugado un papel análogo al de los movimientos independentistas armados en aquellos países.

El argumento es idéntico al que hemos expuesto bajo el primer epígrafe de este artículo solo que planteándolo 130 años después. Para Marx y Engels, como hemos explicado, las revoluciones burguesas del siglo XIX en Europa habían concluido la sistematización nacional en todo el área que va del río Dnieper hasta Lisboa y esta sistematización fue realizada por aquellos pueblos en los cuales el desarrollo de las modernas relaciones de producción capitalistas habían llevado las contradicciones entre el mundo feudal precedente y el mundo burgués que nacía de sus entrañas a una ruptura revolucionaria en la que aquel era liquidado y este se imponía dando rienda suelta a toda su potencia. Con este proceso no sólo cayeron las cabezas coronadas y su séquito aristocrático sino también multitud de particularidades nacionales, entidades puramente locales que no podían desarrollar un papel progresivo en este sentido. Lo que la teoría de ETA como como movimiento nacionalista revolucionario del País Vasco que habría hecho suya la fuerza de un pueblo irredento implica es que el auge de los movimientos de descolonización en el llamado Tercer Mundo habría despertado de alguna manera las tareas inconclusas de la lucha nacional-burguesa en España, concretamente en el sentido de liquidar la unidad nacional española que aparecería, por lo tanto, como un resabio feudal.

Hemos explicado más arriba lo suficiente acerca del proceso de conformación de la moderna nación española y de las tareas que la burguesía asumió con ello. No es difícil entender, por lo tanto, que la perspectiva de una segunda revolución nacional que habría tenido al País Vasco como motor principal y que habría implicado la reversión del proceso del que Marx y Engels hablaban desde 1848 estaba completamente descartada durante los años '60 y '70 del siglo pasado. Ningún factor novedoso, ninguna nueva fuerza social capaz de llevar a cabo tal tarea, había aparecido en el siglo que media entre ambas fechas. Podría considerarse, sin embargo, que la imperfecta configuración nacional de España, consecuencia del débil desarrollo de una burguesía que tuvo que configurarse respetando fortísimos intereses locales y que, por lo tanto, no pudo sino arrastrar consigo el lastre de multitud de problemas sin resolver (el primero de los cuales la falta de homogeneidad nacional), conllevó la puesta de nuevo

en el orden del día de la liquidación de dichos problemas irresueltos y que tal liquidación debía ser llevada a cabo por el pueblo vasco en un proceso que diese lugar, finalmente, a su independencia nacional.

Esta manera de plantear el problema considera el conjunto de las relaciones sociales que existen en España como una especie de «capitalismo imperfecto» y su reflejo político como una «democracia fallida» que habría que remedar. Toma la idea de una revolución burguesa pura, que jamás existió en ninguna parte del mundo, y de una sociedad burguesa nítida y compacta como modelos a emular, sin entender que el mismo desarrollo del capitalismo implica, a excepción de algunos países de exquisita factura burguesa, la pervivencia de contradicciones que la burguesía heredó de los regímenes precedentes, de desarrollos incompletos, de focos de tensión que el capitalismo únicamente agrava, pero que no por ello ponen en cuestión que este se haya desarrollado plenamente. Si en España han coexistido con el abrumador desarrollo del imperialismo, es decir de la fase más avanzada del capitalismo, los problemas irresueltos que ya se planteaban en la convivencia de diferentes reinos bajo una misma corona durante el periodo imperial, no por ello podía afirmarse que siga siendo imperativo histórico una revolución nacional como las africanas o asiáticas del periodo. Si en el País Vasco (o en Cataluña) ciertas libertades características de las naciones burguesas se desarrollaron de manera imperfecta, si la lengua vasca fue perseguida por los gobiernos centrales madrileños a lo largo de décadas, incluso si la pujante burguesía comercial e industrial de Bilbao y San Sebastián tuvo que luchar contra las exigencias de los terratenientes del trigo y la aceituna por cuestiones de política comercial internacional y vio con ello disminuido su desarrollo potencial, estas son, en pocas palabras, cuestiones con las que el capitalismo obliga a vivir y que sólo quienes confían en que algún tipo de capitalismo exento de contradicciones, opresiones, arbitrariedades, etc. pueda existir pueden esgrimir a favor de tesis como la sustentada para ligar la equivalencia entre ETA y el País Vasco con, por ejemplo, Argelia y el FLN de los años '50 del siglo pasado. En los años '50 y '60 del siglo pasado en el País Vasco las tensiones generadas por el espectacular desarrollo de la industrialización, por la expropiación de las clases medias campesinas y urbanas, por la expulsión de la pequeña burguesía de su nicho social y por la afluencia masiva de proletarios inmigrantes que supusieron un shock en una zona relativamente poco poblada y culturalmente homogénea, dieron lugar a un sentimiento de rechazo entre los

sectores más afectados por estos fenómenos. A ello se sumó la pervivencia de la dictadura franquista, que imprimía un sello despótico centralista sobre una zona tradicionalmente refractaria a todo tipo de injerencia foránea, actitud muy similar a la de los pueblos, o *residuos de pueblos*, como escribe Engels en 1849 hablando de los eslavos del Sur. Ambos factores, a los que se unía la consabida represión salvaje sobre cualquier tipo de protesta, dieron consistencia a un movimiento capitaneado por ETA que vinculó el malestar social al proyecto nacionalista. Pero esta realidad dista años luz tanto de una situación de opresión nacional que enuclease a todas las capas sociales detrás de la lucha contra el imperialismo dominante como de una perspectiva revolucionaria inconclusa en la que dicha lucha fuese su primer escalón.

Notas:

(1) Engels, *La lucha de los magiares*, artículo aparecido en *La Nueva Gaceta Renana* nº 194 del 13 de enero de 1849. Publicado en castellano en *Las Revoluciones de 1848*, Fondo de Cultura Económica, 2006. Páginas 432-434.

(2) *Ibidem*.

(3) *El derecho de las naciones a la autodeterminación* de Lenin o las *Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial* junto con las *Tesis suplementarias sobre la cuestión nacional y colonial* redactadas por el mismo Lenin para el II Congreso de la IC y vueltas a publicar en nuestra revista *El Programa Comunista* nº 51.

(4) Por ejemplo la compilación de textos y síntesis de las reuniones generales del Partido dedicadas a este tema y ordenadas bajo el título *El marxismo y la cuestión nacional y colonial* en *El Programa Comunista* nº 36.

LEE EL PROLETARIO Órgano del Partido Comunista Internacional

Dónde puedes encontrar
'EL PROLETARIO'

Librería Primado
Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Traficantes de Sueños
C/ Embajadores, 35
28012 - Madrid

La Rosa del Foc
C/ Joaquim Costa 34 bj
28001 - Barcelona

Librería Sandova
Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

La Corriente Revolucionaria de los Trabajadores: un aporte a la confusión entre la clase proletaria.

Durante el mes de abril el periódico digital de reciente creación *La Izquierda Diario* daba noticia de la formación de un nuevo reagrupamiento político: la *Corriente Revolucionaria de los Trabajadores* (CRT). Efectivamente, esta organización acaba de fundarse y se presenta a sí misma como una evolución del grupo trotskista *Clase Contra Clase*, sección española de la *Fracción Trotskista-Cuarta Internacional*. Por su parte, el grupo *Clase Contra Clase* fue una escisión de la corriente Nueva Claridad, organización política más conocida por su publicación *El Militante* y que ha estado históricamente vinculada a Izquierda Unida.

La formación de la CRT se presenta, por lo tanto, como el resultado de un curso comenzado con dicha escisión que, de acuerdo con los autores de la presentación de la nueva organización, habría dado lugar a una filiación internacional (la FT-CI), a la creación de numerosos grupos relacionados con la organización *Clase Contra Clase*, como el *Sindicato de Estudiantes de Izquierdas*, *Pan y rosas*, vinculadas al mundo estudiantil y femenino respectivamente o *Armas de la crítica* y *No Pasarán*, organizaciones de ámbito territorial en Madrid y Barcelona.

En fin, la CRT se presenta como una nueva organización de tono más radical, en tanto más «dinámica», más vinculada a los conflictos sociales que aparecen en diferentes ámbitos y, por lo tanto, más cercana a la lucha cotidiana de la clase proletaria y de algunos sectores sociales anejos a esta como la mujer y la juventud. De hecho esto es todo lo que, por ahora, encontramos tanto en la noticia que da razón de la aparición de la CRT como en la revista *ContraCorriente*, órgano de *Clase Contra Clase*: un elogio de la capacidad de actuación de esta corriente y del ánimo y buena voluntad de que disponen sus militantes.

La nueva Corriente puede enmarcarse en esta evolución tan característica que han sufrido algunos grupos y corrientes políticas después de que la crisis capitalista internacional diese lugar, en España, al estallido social del 15M. De izquierda a derecha, ya fuesen organizaciones situadas abiertamente sobre el reformismo oportunista más clásico u otras que pretenden ubicarse en posiciones de extrema izquierda, anarquistas e incluso marxistas, un buen número de ellas han introducido tanto en sus análisis teóricos y políticos como en sus exigencias organizativas el intento de adecuarse a «los nuevos factores», a los «hechos imprevistos» que la convulsión social habría planteado. En el terreno teórico y político para una miriada de grupos y organizaciones ha sido imprescindible remozar sus viejos postulados para tener en cuenta las novedades, es decir, para definir una nueva teoría y una nueva impostación política en torno a estas en la que se haga valer los «nuevos sujetos» que habrían

aparecido, la nueva manera de aparecer de los viejos, las nuevas exigencias, etc. En el terreno organizativo, donde se puede observar el surgimiento de una buena cantidad de nuevos reagrupamientos, se trataría de intentar echar las redes para pescar a tantos de los jóvenes elementos (proletarios los menos, pertenecientes a esa vacuidad sociológica llamada *clases medias* los más) que han aparecido en la escena como sea posible. Se trata de los efectos del terrible virus del activismo, que contagia a quienes coquetean con la posibilidad de un violentamiento voluntarista de la situación social, a quienes ponen la conciencia y la posibilidad de precipitar esta hacia peldaños más elevados de una supuesta escala revolucionaria en el centro de su programa político.

En el caso de la CRT este contagio es especialmente deletéreo. No decimos esto porque se pudiese esperar nada de una de las muchas corrientes del trotskismo, que han probado todas ellas el haber abandonado definitivamente el terreno del marxismo revolucionario y haber cedido, por la vía de las concesiones a la presión «tacticista» y del trabajo coyuntural, a la presión del medio burgués. Lo decimos porque este tipo de nuevas organizaciones aparecen como portadoras del renombre que da el propio marxismo, como una ruptura inmediata con el medio social oportunista que es predominante en cualquiera de los ámbitos donde la lucha de la clase proletaria puede aparecer. Y por ello son susceptibles de atraer a nuevos elementos que se politizan a través de un rechazo instintivo de ese oportunismo que sólo ofrece la vía de la colaboración entre clases y que llegan a organizaciones como CRT en busca de una fuerza teórica y política que consolide esa ruptura, fuerza que no encontrarán y en cuyo lugar sólo verán el manto gris del confusionismo.

Para encontrar un mínimo fundamento teórico y político en que se base la nueva CRT, una explicación tanto de los motivos que animan su formación como de los objetivos que esta se plantea, es necesario recurrir a un texto previo a la formación de CRT pero que marcha en la misma senda de renovación que plantea esta organización. Se trata del artículo editorial de la revista *ContraCorriente* nº 43 de abril-mayo de 2015: *Una revista para fortalecer las armas de la crítica*. En este editorial se plantea «el desafío de actualizar las «armas de la crítica» y poner a la ofensiva las ideas del marxismo revolucionario» y se da respuesta a esta exigencia con una exposición de los puntos de referencia de la organización que la anima sobre algunos temas políticos y teóricos que se han puesto sobre el tapete con los acontecimientos de los últimos años en España. Veamos cuáles son estos puntos.

La lucha contra el régimen del '78.

Hoy por hoy es un lugar común hablar de un «régimen del '78», de una «cultura de la Transición», etc. para referirse al sistema político e institucional que comenzó a fraguarse en la década previa a la muerte de Franco y que tiene su máxima expresión en la Constitución de 1978 como norma suprema que rige la nación española. Este régimen está caracterizado, según los que, como CRT, se adhieren al término de moda, por la pervivencia de buena parte de las instituciones franquistas, por un insuficiente desarrollo de las posibilidades democráticas que se abrieron con la muerte de Franco, por el inmovilismo de la clase social dominante y por la estructuración bipartidista del juego parlamentario.

Es indudable que el régimen político español comienza en 1978 con su forma actual. Pero esto es simplemente una cuestión de términos que no explica nada. Al régimen monárquico y constitucional se llega en España a través de un largo camino que comenzó con el fin de la etapa más autoritaria del franquismo (es decir, la etapa caracterizada por el relativo aislamiento, político y económico, internacional y por el ejercicio de una represión cotidiana contra la clase proletaria), con el crecimiento económico del país (comienzo de las inversiones extranjeras en capital constante, formación y regulación de un nuevo mercado de trabajo, etc.) y, como consecuencia, con la gestión del aparato estatal por una nueva camada de técnicos mucho más preparados para asumir las exigencias que el gobierno de la burguesía planteaba.

El «régimen del '78», en lo que tiene de renovación mediante la asunción de las formas democráticas características de los países del entorno europeo y americano, es un paso más en el proceso de reformas y cambios que llevó a cabo la burguesía española desde el momento en el cual España abandonó su relativo aislamiento internacional y pudo abrazar un desarrollo económico sin precedentes que le sacó del atraso característico del país. Esta evolución, que en lo que se refiere a las personas encargadas de llevarla a cabo, comenzó con la aparición de los primeros síntomas de ruptura de los hijos de la burguesía victoriosa en la Guerra Civil respecto a sus padres, tuvo lugar, en el terreno político, con la conformación de las corrientes políticas que van a determinar la vida nacional en forma de gobierno y oposición con intensos vínculos entre ambos bandos. De esta manera, a partir de los años '60 se definieron las dos grandes corrientes que la burguesía puso en juego para garantizar las exigencias del capital y favorecer su gestión con la menor cantidad de sobresaltos posibles. A estas alturas resulta evidente que, llegada la muerte de Franco, la famosa alternativa entre

(sigue en pág. 10)

La Corriente Revolucionaria... (viene de la pág. 9)

reforma o ruptura no existía: era todo un andamiaje social el que la burguesía debía mantener simplemente apuntalándolo y todas las corrientes existentes dentro de ella partían de un plan común básico consistente en mantener la integridad del Estado y asegurar toda su fuerza de acción. El programa único para toda la burguesía, los planes de ajuste económico abanderados por los famosos Pactos de la Moncloa, precedieron a todos los retoques en el ámbito político-jurídico, como expresión clara de cuáles eran las necesidades reales de la clase dominante a partir de los cuales se iba a fraguar la configuración definitiva de la vida nacional. Por lo tanto, el régimen del '78 es el régimen del '39 y, a mayores, el régimen de 1874, pero también el régimen de 1931: es el régimen de la clase burguesa dominante, que ejerce su dictadura a través de formas democráticas, dictatoriales, monárquicas o republicanas.

No hubo, en 1978, un cambio esencial en este régimen. Lo único que entró en escena fueron nuevos actores políticos (nacionalistas periféricos, PCE y PSOE) que podían moverse libremente como legitimación ante el proletariado del nuevo sistema democrático, como la verdadera realización de este. No hubo, tampoco, una tentativa fallida de «ruptura democrática» (mucho menos revolucionaria) que amenazase el dominio de la burguesía y que se quedase a medio camino como resultado de la traición de las «burocracias dirigentes». La democracia, en 1978, sólo podía significar, en todas sus formas, de la más radical a la más timorata, la continuidad en el poder de la burguesía y la puesta en funcionamiento de los mecanismos de colaboración entre clases que tan buenos resultados habían dado en el resto de países del entorno. Criticar, oponerse, luchar contra el «régimen del '78» debería significar tanto como criticar, oponerse y luchar contra el régimen burgués, contra la dictadura de la clase que vive de la explotación del trabajo asalariado. Entonces, ¿por qué la CRT se opone sólo a ese «régimen» que no es nada singular? Simplemente porque explota la confusión a la que los propios mecanismos de colaboración entre clases han llevado al proletariado. Si la democracia significó en los años '70 y '80 la desactivación de cualquier conato o brote de lucha independiente del proletariado, si constituyó la gran mixtificación sobre la que se recuperaron las fuerzas de la opresión de clase, la reivindicación de una democracia «más pura», «más popular», en el año 2017, sólo puede contribuir a reforzar aquella ilusión, a llevar de nuevo cualquier atisbo de ruptura del control social que ejerce la burguesía sobre el proletariado a los cauces de la conciliación con su enemigo en nombre de un nuevo régimen que, perteneciendo exclusivamente a este, debiera solucionar los problemas que acucian a la clase trabajadora. Décadas de una política similar han sumido a la clase proletaria en un letargo, en una atonía, que le llevan a arrojar

las armas casi antes de haber comenzado a luchar en cualquier conflicto, por limitado que este sea. La confianza en los resortes parlamentarios, en la descentralización del poder, en los ayuntamientos al alcance del «pueblo», saca a los trabajadores de su verdadero terreno de lucha, del enfrentamiento directo con su enemigo de clase, tome este la forma de un patrón aislado en una empresa determinada o de toda la burguesía en los conflictos políticos generales. En nombre de la democracia el proletariado no lucha y cuando, en nombre de esta democracia, es aplastado una vez más, su propio hábito conciliador le lleva a reivindicar ¡más democracia! La partida es redonda para la clase burguesa. Pero, además, tienen que llegar todavía las CRT de todo tipo para, en lugar de combatir, alentar esta estupidez democrática, pretendiendo inventar una nueva «democracia» a caballo entre la actual y una «popular» en la que la burguesía reinaría pero ¿no gobernaría?

Pretendiendo interpretar «las ilusiones de las masas», la CRT añade kilos de confusión sobre ellas precisamente en un momento en el cual estas ilusiones son el principal enemigo de cualquier posibilidad de reanudación de la lucha clasista del proletariado.

La crítica del reformismo para la CRT

La CRT se declara enemiga abierta de todas las tendencias que bajo el paraguas del «cambio» han aparecido en España. Desde luego lo hace de manera más consecuente que tantas otras corrientes que reniegan de Podemos pero aceptan las confluencias municipalistas o que ven la posibilidad de reorientar a unas u otras: la CRT dice situarse contra todas estas manifestaciones y las coloca bajo la denominación del reformismo.

Según la CRT estas organizaciones constituyen fuerzas que no pretenden oponerse al capitalismo sino reformarlo logrando ciertas ventajas para la clase trabajadora a cambio de que «los gobernantes», «las élites» (note-se que la CRT utiliza siempre estos giros del vocabulario para sortear los términos burguesía y proletariado) sigan en sus puestos. De esta manera, que podría parecer acertada si no se profundizase en su significado real, la CRT coloca a Podemos y sus diferentes versiones locales y autonómicas en posición de jugar un papel realmente significativo como «corriente reformista» que conduciría a las clases afectadas por la crisis (de nuevo el concepto es de la CRT) a una solución alejada del anticapitalismo. Afirma que estas corrientes «del cambio» suponen una fuerza autónoma con carta de naturaleza propia que ocupa el lugar del viejo reformismo socialdemócrata ilusionando a los proletarios con la posibilidad de una liquidación gradual y progresiva del capitalismo.

Pero las diferencias entre Podemos y el reformismo clásico son demasiadas como para poder hacer este símil sin que se desprenda de él un alto grado de confusión. El reformismo de viejo cuño, al que nos referimos al

hablar de los partidos socialdemócratas de la II Internacional, se caracterizaba por afirmar que la conquista del poder por parte de los proletarios podría realizarse gradualmente, utilizando los medios democráticos que la propia burguesía permitía para implicar a la clase trabajadora en la colaboración entre clases. Estos partidos reformistas no habían renunciado *de palabra* a la lucha revolucionaria pero, como consecuencia de su orientación al pacto con una burguesía a la que pretendían desalojar pacífica y gradualmente de su papel como clase dominante, lo hicieron *de hecho*. La clave de esta renuncia es que seguían manteniendo formalmente los principios y las finalidades, es decir, el reconocimiento de la lucha de clase del proletariado como consustancial a una sociedad basada en la explotación del trabajo asalariado y de la apropiación privada de los frutos de este, de la necesidad de transformar esa sociedad en una donde cualquier tipo de explotación y opresión hubiesen desaparecido por la vía de la toma del poder por parte de la clase trabajadora. Estos son, claro, los principios y las finalidades del marxismo revolucionario y, diciendo defenderlos, los partidos reformistas de comienzos del siglo XIX lograron mantener a buena parte del proletariado bajo su influencia en el momento clave en el cual, en los principales países de Europa, sonó la hora de la mayor conflagración entre clases que ha conocido el mundo moderno, es decir, el periodo abierto por la Revolución Rusa y por las sacudidas revolucionarias en Hungría, Alemania e Italia principalmente.

En aquel momento, cuando la toma del poder para la clase proletaria ya había sido realizada en Rusia y cuando otros países veían llegar la hora en que esta cuestión se ponía sobre la mesa, el principal combate de los marxistas revolucionarios que durante décadas habían permanecido en las filas de la socialdemocracia consistió en la lucha despiadada contra esta, en la ruptura con ellos para conformar los partidos comunistas de la III Internacional bajo la guía de la experiencia bolchevique en Rusia y en la crítica de la *traición* del oportunismo reformista que, llegado el momento de la lucha abierta contra la burguesía, permanecía fiel a esta defendiendo tanto la lucha por medios exclusivamente democráticos como la defensa, en última instancia, de la solidaridad entre clases dentro del marco nacional. Entonces el reformismo fue identificado ya no como una corriente gradualista (enfrentada a una comunista revolucionaria) dentro del movimiento de clase del proletariado sino como una *traición oportunista* que borraba incluso de su lenguaje las palabras revolucionarias tradicionales para dejar únicamente la consigna, realizada ahora sí abiertamente, de *defensa de los intereses de la burguesía*. Los partidos oportunistas (Noske y Ebert así lo muestran) fueron la *ultima ratio* en la defensa de la fortaleza burguesa asediada por las convulsiones revolucionarias y, llegado el momento, la punta de lanza de la contraofensiva burguesa. No cumplían ya, entre el proletariado, otra función que la de desmovi-

lizarlo, atarlo a prejuicios pequeño burgueses de defensa de la legalidad y la acción institucional, de vincularlo al superior interés nacional.

Este no es el lugar para entrar en todas las cuestiones relativas al balance de aquellos sangrientos años, que acabaron con la Rusia revolucionaria aplastada bajo la férula del estalinismo y con el resto de los destacamentos de vanguardia revolucionarios en Europa, América y Asia derrotados. Pero sí que se debe repetir una lección que la Izquierda Comunista de Italia había extraído de los años inmediatos al auge revolucionario, de los años de lucha dentro del propio partido reformista italiano, el Partido Socialista de Italia, y que defendió contra la corriente dentro de la III Internacional: la fuerza de los partidos comunistas recién creados y agrupados en la nueva Internacional residió en su capacidad para romper abiertamente con el oportunismo y colocarse frente a él como se colocaban frente a los defensores de la sociedad burguesa. Esta ruptura no se hizo sobre la base de un cálculo de posibilidades (hoy nos separamos porque somos fuertes, mañana podremos volver atrás) sino sobre una límpida delimitación de los terrenos teórico, político, táctico y organizativo entre las fuerzas marxistas y aquellas pasadas con armas y bagajes al enemigo. Y sobre esta lección se puede añadir un corolario: la debilidad de los propios partidos comunistas apareció cuando se quebró esta línea intransigente y comenzaron las cesiones ante el enemigo. Entonces dichos terrenos se contaminaron por la inclusión de la «elasticidad táctica» con sus consecuentes alianzas, agrupaciones electorales comunes... que minaron la fuerza política de la joven Internacional y acabaron por liquidar su propio encuadre organizativo.

Es por esto que hablar hoy, como lo hace la CRT, de un reformismo que conservaría su carácter original, que conformaría un partido obrero con posibilidades de defender los intereses de las masas proletarias ante las instituciones burguesas aunque con una perspectiva no revolucionaria, supone no sólo la negación de todo un decurso histórico en el que estas organizaciones han dejado de representar una política errónea para la clase proletaria y han pasado a ser agentes de la burguesía que ni tan siquiera esconden su naturaleza, sino que es, además, la antesala de una política de apoyos, concesiones y pactos con estas organizaciones o, cuanto menos, dadas sus fuerzas actuales, de una llamada a la defensa de estas organizaciones como un «mal menor», un «paso en el sentido correcto», etc.

La CRT quiere ver en Podemos o en las candidaturas municipalistas locales el revivir de un reformismo «sano», que respondería a un determinado nivel de lucha, conciencia y organización de los proletarios. Y en función de esta perspectiva y no de una posición de principios, que necesariamente contempla el balance de la contrarrevolución anti proletaria que tuvo en ese reformismo su punta de lanza, llamará a tomar una u otra posición al respecto de él. Por lo tanto la CRT prepara

ya desde su nacimiento la posibilidad de futuros giros que le vinculen a un programa al que ellos consideran reformista (y al que el marxismo llama desde hace décadas oportunista y filo burgués) pero que considerarán oportuno en función del estado de ánimo de los proletarios. Con ello preparan el hecho de que, llegado el momento, llamarán a esos mismos proletarios, que inevitablemente se hartarán de un estado de ánimo que les garantiza la derrota, a no salirse de la línea trazada por las corrientes oportunistas.

La CRT se coloca en la línea de ese trotskismo depurado de reminiscencias marxistas que tiene cierta fuerza entre algunos elementos que rechazan la vía abierta y descaradamente anti proletaria de las corrientes y organizaciones del tipo Podemos o Siryza. Blande una doctrina que tiene tintes radicales en la medida en que combate las partes más estridentes del oportunismo, como aquellas que llaman no sólo a confiar en los mecanismos democráticos de lucha sino, sobre todo, a hacerlo sin ninguna expectativa de que estos tengan éxito más allá de proporcionarle una muleta a los partidos burgueses tradicionales. Hoy resulta obvio que Podemos es poco más que una comparsa del PSOE que ha garantizado, con la ayuda de Ciudadanos, incluso la pervivencia del bipartidismo. Y que los ayuntamientos del Cambio no han logrado, en dos años de existencia, ni tan siquiera mantener las condiciones de vida de los proletarios que viven en sus términos municipales. Después de que estos partidos y agrupaciones electorales se presentasen como la verdadera solución a una tensión social que se acumulaba desde hacía años en el país y que no parecía tener vía de escape, se puede ver claramente que su única función ha sido disipar dicha tensión en beneficio de la burguesía. Parar las movilizaciones, en llamar a la paz social, a la lucha exclusivamente parlamentaria o consistorial, etc. Ante esto es completamente razonable que el descontento entre algunos sectores de trabajadores que han sabido extraer las lecciones de su experiencia inmediata lleve a buscar una vía de ruptura con toda la corriente democratista y conciliadora que domina desde el Parlamento hasta los ayuntamientos. Pero esta vía no puede consistir en otra cosa que en la ruptura no ya con las organizaciones, con los nombres o con las políticas concretas que conforman el oportunismo organizado como corriente única (al margen precisamente de organizaciones, nombres y políticas coyunturales) sino con la misma política de conciliación entre clases que está tanto en la base de este oportunismo como en el horizonte inmediato de organizaciones como la CRT que, tanto por la valoración de los problemas acuciantes que se plantean a la reanudación de la lucha de clase del proletariado como por la solución que dan a estos, se convierten en un apéndice de extrema izquierda de este oportunismo.

Para los proletarios que padecen diariamente no sólo la presión que la clase burguesa ejerce sobre ellos en los puestos de trabajo, en el desem-

pleo, en los barrios obreros... sino también la que los aliados de esta clase se encargan de llevar a cabo en el terreno de la lucha política, la única alternativa es el combate contra todas las ilusiones democráticas que pretenden que existe un terreno de concertación posible entre las clases sociales enfrentadas. Por lo tanto un combate contra la política de colaboración entre clases a través de los medios institucionales, jurídicos, legales, etc. que vinculan directamente la lucha de clase a la posibilidad de que sea permitida por la burguesía. Este combate los proletarios lo librarán, sobre todo, desembarazándose de la inercia que han creado décadas de atonía social. Y para ello deberán superar no sólo a las fuerzas abiertamente oportunistas sino también a aquellas que, como la CRT, marchan tras ellas intentando empujarlas, «radicalizarlas» o vivir, simplemente, de la expectativa de heredar su puesto y realizar mejor sus funciones.

Movimientos políticos como la CRT constituyen, en realidad, una especie de «sistema de compensación» al disgusto que una parte del proletariado manifiesta, y manifestará, en los enfrentamientos con el régimen burgués. Disgusto sobre el plano del parlamentarismo —que no ofrece mejoras ni tan siquiera mínimas a las condiciones sociales generales— y sobre el plano político social más general hacia una democracia que, en lugar de concretarse en una vida política abierta a una mayor peso de las instancias proletarias o, si se quiere, «populares», se concreta —como es natural para la democracia burguesa— en un mayor control social y en un Estado que, de hecho, se blinda cada vez más. Movimientos políticos del tipo CRT tienen objetivamente la tarea de recuperar a aquellos estratos proletarios que tienden a sustraerse de la influencia de las fuerzas oportunistas declaradamente pro-burguesas, para volver a llevarlas al cauce de la democracia burguesa ilusionándolas con poseer una fuerza en condiciones de imprimir a los medios y a los métodos democráticos una desviación decisiva a favor de los intereses proletarios. En realidad, los movimientos políticos de este tipo tienden a someter a estos estratos proletarios, con medios del todo impotentes y veleidosos, al servicio de este mismo régimen burgués que dicen querer reformar y mejorar, volviéndose de esta manera enemigos de la causa proletaria y tan insidiosos como los viejos oportunistas socialdemócratas y estalinistas.

TERRORISMO Y COMUNISMO de L. Trotsky

El libro se puede descargar
en el sitio del partido
en internet:

www.pcint.org

Para copias en papel, escribe:
Apdo. Correos 27023,
28080 Madrid

Naturaleza y objetivos de la revolución cubana

Reproducimos a continuación la segunda parte del texto sobre la revolución cubana que comenzábamos en El Proletario n° 13 y que traducimos de El Programma Comunista n° 20 de 1.961 (informe a la Reunión de Milán del 15-16 de julio de 1.961.).

Por motivos de espacio, no nos es posible reproducir la totalidad de la parte que quedó sin publicar, con lo que nos hemos visto obligados a posponer para el próximo número de El Proletario la finalización del texto. En cualquier caso, si esto puede dificultar la lectura de un texto que expresa nitidamente la posición que nuestro partido ha mantenido sobre la cuestión de la revolución cubana -como una parte de la más amplia cuestión de las revoluciones anticoloniales-, un trabajo de estudio atento de este texto y de otros que han aparecido ya en castellano tanto en este periódico como en la revista El Programa Comunista, puede dar una visión bastante exacta del trabajo de análisis y exposición de los principales acontecimientos desarrollados en el escenario mundial de las contradicciones capitalistas, que nuestra corriente lleva décadas realizando. Remitimos en cualquier caso a nuestros lectores al texto original, disponible en su versión digitalizada en nuestra página web.

Lacerante alternativa histórica en el proletariado blanco tras la ola del asalto de la primera postguerra rosa y roja y el oscurecimiento actual en los partidos corrompidos de Moscú.

Naturaleza y objetivos de la revolución cubana.

Es lógico esperar, según el determinismo histórico marxista, que la naturaleza y los objetivos de la revolución castrista dependan de sus causas económico-sociales y políticas. El sofoco de la economía cubana era advertido por todos los estratos de la población, tanto proletarios como burgueses. Ninguna soberanía política nacional es posible sin una verdadera (con el significado que puede conservar esta palabra hoy) independencia económica. Era necesario, por lo tanto, romper a cualquier precio la capa de plomo de la dominación extranjera. Enemigo principal de Cuba eran los Estados Unidos; pero antes de dirigir las armas contra ellos era necesario abatir la odiosa dictadura de Batista. Antes de ser lucha anti imperialista, la revuelta castrista asumió el aspecto de lucha contra la dictadura interna y por la democracia política. Como

probaremos después los dirigentes de esta lucha, Castro incluido, no tenían una clara conciencia de esta tarea anti imperialista, limitada como estaba su propia visión a los objetivos directos de la lucha contra Batista. Veremos de hecho que en sus programas y consignas no figuraba nunca como enemigo principal a abatir el coloso USA, incluso trataban de congraciarse con él. Evidentemente, es absurdo pensar que Castro y Cia. Se propusiesen como objetivo aún lejano el socialismo y la dictadura proletaria en Cuba.

¿De qué tenía necesidad Cuba contra el monocultivo? De la diversificación de los cultivos que, además de sustraerla de las importaciones de géneros alimenticios del exterior, constituiría la fuente de nuevas materias primas para la industria local permitiéndola desarrollarse y diversificarse. Bien, este es un objetivo perfectamente compatible con una reivindicación de carácter nacional y popular. La gran enfermedad que curar era, antes que nada, la agricultura, y los campesinos que estaban interesados eran aquellos que mayormente lo comprendían. Serán precisamente ellos quienes impriman un carácter agrario a la revolución, que precisamente entre ellos reclutará al nervio del ejército rebelde.

De una clasificación de casi 100 países subdesarrollados en cuatro categorías en base al rédito medio por habitante, 52 están en menos de 100 dólares al año, 23 en la categoría de 100 dólares al año, 23 en la de 100-200, 16 países en la de 300-700. Cuba es uno de los 9 países en lo alto de la clasificación. La aspiración de Cuba es la de dar un salto de calidad: pasar de la categoría de los países subdesarrollados a la de los países considerados desarrollados. Este salto no es posible sino a través de la eliminación, o cuanto menos de una buena corrección, de sus más fuertes anomalías y de las estructuras de su organismo productivo.

Que esto fuese lo que se quería en Cuba, lo saben los cubanos y los otros. No sólo, sugerencias e indicaciones venían de los propios americanos; véase por ejemplo el informe del Banco Mundial escrito en 1950-51 en el cual -entre otras cosas- se aconsejaba aprovechar la entonces favorable coyuntura del azúcar. Y que este fuese el objetivo de la revolución lo confirma el preámbulo a la ley sobre la reforma agraria del 17-5-1959 que ha sido siempre considerada el instrumento clave de la transformación económica de la isla creado por el régimen de Castro.

No debe maravillar el que para iniciar un trabajo práctico de este género, a cuya realización están ligadas las es-

peranzas de mejora de las condiciones de vida general, fuese necesaria una revuelta armada radical, diferente de aquellas que en general caracterizaron a los países de América Latina. ¿Qué fuerzas sociales podían unirse para tal tarea? Ciertamente no la gran burguesía ligada a los intereses de los negocios con los americanos y expresada por la corrupta clase dirigente del régimen de Batista, buena únicamente para cometer todo tipo de robos y malversaciones. Tanto menos los americanos que habrían debido soportar los honorarios sacrificando una buena parte de sus beneficios. Ellos únicamente daban consejos «doctrinarios» que no costaban nada. Quedaban por lo tanto la masa pequeño burguesa y proletaria que vivía aún el campo y los obreros asalariados de la industria interesados en la disminución de la desocupación, y todos aquellos que vivían en medio de no pocas dificultades del pequeño comercio o de profesiones liberales.

Pero hace falta aclarar un hecho importante: una cosa es distinguir las fuerzas sociales que podían operar la ruptura de una situación estática y no tolerable por más tiempo y otra cosa es decir que los objetivos a lograr se refiriesen únicamente a sus exclusivos y preminentes intereses históricos. En una situación como la presente, caracterizada incluso en Cuba por la ausencia de un verdadero partido comunista revolucionario, los objetivos de la lucha por la dictadura proletaria y por el socialismo no podían estar presentes en la conciencia de los trabajadores y ningún programa podía contenerlos. El resultado lógico de una realidad así no podía ser sino el que fue. La fuerza y el potencial odio revolucionario contra la opresión fue puesto en acción por un movimiento popular con fines nacionales, es decir por el castrismo y por todo el resto de las organizaciones políticas extra-proletarias que se unieron en la lucha contra el régimen de Batista.

El castrismo

Para comprender mejor la naturaleza interclasista de este movimiento, nos referiremos brevemente a su historia y a los hechos más relevantes que caracterizan a su jefe, Fidel Castro.

Hay que señalar como, poco antes y hasta poco después de la conquista del poder, Castro fue bien visto no sólo por los americanos sino, lógicamente, por el resto del mundo occidental. En Washington se pensaba quizá en domesticar al jefe rebelde, como se había hecho siempre, por otro lado, en América Lati-

na. Las amargas desilusiones sufridas después debían transformar al «campeón del progreso y de la democracia» en un «agente del Kremlin» y un «dictador comunista». Las fuerzas puestas en acción por la revolución no podían pararse a medio camino sino a condición de declarar el error. No le estaba permitido a Castro, por lo tanto, no machacar el pie al gigante estadounidense que debía contratacar con medidas cada vez más odiosas y anti populares que culminaron en la vergonzosa agresión de este año [1961] y acabaron con la derrota de las fuerzas mercenarias y con la consolidación de la victoria de la revolución cubana contra su enemigo principal: el imperialismo de los USA.

En 1958 por primera vez Castro vota en unas elecciones presidenciales por E. Chibas, candidato del «partido ortodoxo» de reciente formación, que se presenta como un gobierno «íntegro y honesto» y de reforma social. Chibas, después de José Martí, que fue el Mazzini cubano, se convirtió en el héroe de Fidel. En 1952 se presentó como candidato en las listas que tenían más probabilidad de vencer en las elecciones presidenciales; pero esto finalmente no se produjo porque dos meses antes Batista, con un golpe de estado, se hizo con el gobierno.

Frente a esta acción despótica, Castro realizó su primer acto político: como joven abogado como era, denuncia a Batista por violación del Código.

La denuncia fue rechazada, Fidel se convenció de que el único modo de echar a Batista era la revolución y se dedicó a prepararla. En un año se procura dinero, fusiles y munición para su ejército rebelde, compuesto por 200 hombres, en gran parte jóvenes estudiantes. El 26 de julio de 1953 asaltó la fortaleza de Moncada para desarmar a los 1000 soldados acuartelados y tomar en sus manos la estación de radio de Santiago, desde la cual, después de la difusión de un discurso de su héroe Chibas, llama al pueblo a apoyarlo en la lucha contra Batista. El intento falló: Fidel y otros huyeron. Siguió una cruel reacción por parte de Batista, cuyos errores indignan a sus partidarios, que deciden respetar la vida de los rebeldes huidos. Así Castro, capturado, acabó en prisión. Se vuelve popular reivindicando un vivo espíritu de resistencia contra la tiranía.

El 6-10-1953 Castro fue procesado y desarrolla su defensa, titulada *La historia me absolverá*. En ella, después de haber lamentado que en la cárcel no le hubiesen permitido los libros de Martí (no los de Marx) señalado por él como inspirador del «Movimiento 26 de julio» declara el fin de su partido y expone el programa que intenta realizar para resolver los problemas de Cuba. Políticamente, ellos quieren la restauración de la libertad política prevista por la constitución, la cual, en su artículo 40 establecía

el derecho a la revuelta que –según Castro– es «respecto a la Constitución como un bote de salvamento a un barco en alta mar». Por el lado económico-social, expone un programa de reformas que deben acabar con los males de la tierra, de la industrialización, de la vivienda, de la desocupación, así como los de la instrucción y de la sanidad pública.

El proceso concluyó con la condena a 16 años de reclusión. Pero en 1955 Batista, reelegido, concede una amnistía y Castro fue excarcelado. Deja Cuba y, después de una gira por los Estados Unidos donde «se encuentra en privado con los ricos cubanos en el exilio y en reuniones de masas con los cubanos pobres», entre los cuales recoge 50.000 dólares, se va a México. Aquí, con la ayuda de un ex coronel cubano adiestra en el arte de la guerrilla a cerca de 80 secuaces y, hacia el fin del '56, anuncia que quiere invadir Cuba y acabar con la dictadura. El plan prevé el encuentro con otras fuerzas rebeldes y una huelga general que sería seguido por acciones militares. Partió con el *Granma*, un yate de 18 metros y a causa de averías Fidel desembarcó con retraso y el plan falló. Con 22 supervivientes a los ataques aéreos de Batista llega a las montañas de la sierra, desde donde, durante dos años, conduce la guerrilla haciendo madurar los acontecimientos en los cuales «casi todas las clases sociales se identificaban con el movimiento 26 de julio». Se entiende que «la clase más importante, de largo, que se une a los rebeldes fue la de los campesinos» que esperaban la promesa de la reforma agraria. Pero también los obreros dieron su contribución a la lucha con acciones violentas, empleo de la dinamita, etc.

En marzo de 1958, Fidel lanza por radio el «Manifiesto del movimiento del 26 de julio» que contenía –entre otras cosas– una llamada a la revuelta y a la huelga general en fecha por fijar. Debido a la mala preparación y a errores varios «la huelga general falló» y «el terror de Batista que la siguió no tuvo precedentes». Este declaró la guerra total a los fidelistas. Pero eran sus últimos estertores, porque casi todas las fuerzas políticas de la isla rápidamente se colocaron abiertamente con Castro, con el cual en julio del '58 establecieron un acuerdo. Las organizaciones firmantes eran: el Movimiento 26 de Julio –Organización auténtica– Directorio Revolucionario –Labor Unity– Partido cubano revolucionario (A) –Partido Demócrata –Federación de estudiantes universitarios –Ex oficiales del ejército –Grupo Montecristo. El Partido Socialista Popular (es decir, el partido comunista) no fue invitado a firmar, si bien *esta vez* apoyase al Movimiento 26 de Julio.

En agosto, el coordinador del grupo de unidad José Miro Cardona (quien será después el organizador de los mer-

cenarios anti castristas para la invasión de marzo del '61) denunció, con pruebas, las ayudas que los americanos estaban dando a Batista y confiere a la revuelta el carácter antiamericano que tuvo desde entonces. Los rebeldes decidieron moverse a campo abierto dando lugar a que Batista, al final del año, huyese y sus fuerzas se rindiesen incondicionalmente. El 1º de enero de 1959 comenzó el nuevo régimen revolucionario. Base de su poder era el ejército rebelde formado esencialmente por campesinos, en gran parte proletarios y representantes de la más notable fuerza revolucionaria del país.

Pese a que los objetivos que estos se colocan no eran ni podían ser socialistas, manifestaron a sus dirigentes todos revolucionarios pequeño burgueses– que tenían el poder en la mano y que debían adoptar soluciones intransigentes y precipitaron el fenómeno de la decantación de los elementos moderados por parte de los más radicales y fieles intérpretes de las urgentes necesidades de las masas populares.

Las primeras medidas del nuevo régimen, como el control de los precios, la reducción de los alquileres de las casas y de las tierras y de las medicinas, la reforma de la edificación y de la sanidad, hicieron al nuevo régimen su carácter «absolutamente respetuoso con las clases medias». Será sobre todo la ley de reforma agraria, aprobada el 17-5-1959 la que, provocando un vuelco en las relaciones entre Cuba y USA, dividirá a los elementos liberal-conservadores del gobierno de los radicales.

Antes de pasar a la historia de la guerra, política primero, económica después, finalmente armada, que Cuba debió sostener contra el coloso estadounidense, hablaremos un poco de la reforma agraria a la cual se atribuye tanto valor. Decíamos esta tenía un cierto significado antiimperialista, en cuanto que tocó los intereses de los propietarios de tierras americanos; pero no fue –como sostienen todos los radicales y los estalino-kruschevistas– un instrumento de transformación socialista de la economía cubana. De hecho, en el preámbulo de la ley como primera cosa se hace referencia a las opiniones de los «expertos» de las Naciones Unidas (...no a las tesis agrarias comunistas), después se traza un cuadro estadístico de la propiedad territorial y se afirma la necesidad de instituir empresas cooperativas.

En cuanto a los principios del nuevo sistema de propiedad territorial, la ley se puede considerar generosa hacia los grandes propietarios. De hecho, los límites de la propiedad se ponen en 400 Ha. y pueden llegar a 1200 para propiedades con rendimientos elevados. Estas deben ser gestionadas por el propietario; se entiende que empleando tra-

(sigue en pág. 15)

¡En Portugal, los muertos y heridos por los gigantescos incendios en los bosques son debidos al *negocio del fuego!* ¡Como siempre, los negocios, los beneficios capitalistas son la causa de todos los dramas!

Sábado 17 de junio, por la tarde, comienza un gigantesco incendio en Pedrogao Grande, en el Sur de Coimbra, en la Región del Centro.

El 18 de junio pasado, el primer ministro portugués Antonio Costa, declaró que el enorme incendio a Pedrogao Grande, que ha causado al menos 62 muertos y 60 heridos, ha sido «*la mayor tragedia de los últimos años en un suceso de este tipo*». Algunos días después, algunos medios de comunicación afirman que los muertos son ya 65 y los heridos 100. El primer ministro portugués ha declarado que los incendios podrían ser causados por fulminantes «secos», es decir, por las descargas eléctricas atmosféricas que se verifican en ausencia de lluvias, y ha excluido que los incendios tuviesen un origen doloso (1).

Las declaraciones del primer ministro han sido acompañadas por las del presidente portugués Marcelo Robelo de Sousa que ha dicho por su parte: «*Se hizo lo máximo que se podía hacer para parar el incendio. No era posible hacer más, son situaciones imprevisibles. Cuando se presentan, no se tiene capacidad de prevención para intervenir*».

¿Situaciones imprevisibles! ¿Sin capacidad de intervenir!

Cada verano, Portugal —pero también España, Grecia o Italia, por nombrar los países europeos alineados sobre el mismo meridiano, son regularmente golpeados por incendios estivales en los que hectáreas de bosques y montes arden. Y sostener que los incendios hayan sido causados por fulminantes o por auto combustión es la burla más cruel que se pueda hacer. Que después no haya posibilidad de prevención... ¡bah!, es otra manera de declarar que siempre habrá muertos y heridos a causa de los incendios; la causa es sólo la fatalidad, tan amada por los gobernantes y por los politicastros de todo signo y, naturalmente, por todos los capitalistas que sacan beneficio tanto de los incendios como de los medios para sofocarlos.

El «bosque», que en su momento se refería a algo antiguo y no contaminado, en el caso portugués significa una cosa completamente diferente, algo que tiene que ver directamente con el beneficio capitalista: se trata, de hecho, de silvicultura y de sistemas de producción agro-forestales en los cuales se producen árboles a gran escala, en particular los eucaliptos, plantas de tronco alto que son usadas para la producción de papel como materia prima para la celulosa (los bosques de eucalipto ocupan 812 mil Ha., el 26% de la superficie boscosa portuguesa, el 1,8% del territorio nacional) (2)

La característica de los bosques portugueses es que el 87% son privados. Estos árboles, de origen australiano, crecen muy bien y deprisa en la península Ibérica, pero tienen un «defecto»: arden rápidamente y lanzan chispas a centenares de metros de distancia. Los ecologistas ponen en evidencia otros aspectos respecto a los eucaliptos y que normalmente no son considerados por los grandes periódicos porque una verdadera atención por el medio ambiente no es su prioridad. Las hojas del eucalipto representan un riesgo extra para el ambiente: contienen terpina (hidrocarburos no saturados presentes en los aceites esenciales de muchas plantas) y ácidos que bloquean el crecimiento de la hierba, de las semillas y de las raíces de otras plantas e inhiben el desarrollo de microorganismos del suelo. Las hojas se acumulan, así, sin ser consumidas, y crean el medio ideal para la propagación de los incendios. Los bosques de eucaliptos representan de hecho un monocultivo, útil ciertamente para los capitalistas de la industria de la celulosa, pero desertificador, además de quitar el sitio a otras especies de plantas, representan un elemento de segura y rápida propagación de los incendios. Pero el eucalipto tiene una cualidad respecto a otras muchas plantas: su leña puede ser transformada en papel aún después de los incendios, con pérdidas mínimas en términos de calidad pero con ahorros notables para los adquirientes (el precio cae más de dos tercios)

Por lo tanto, la causa de los incendios es en un 99% de los casos dolosa. Y a esta conclusión han debido llegar también los investigadores portugueses, desmintiendo por enésima vez a los gobernantes.

En 2016, en 9 días, del 1 al 9 de agosto, los incendios en Portugal destruyeron 26 mil Ha. Más que en todo 2014, cuando fueron destruidas 20 mil. Hubo 4 muertos, tres de los cuales en Funchal, capital de la isla de Madeira, uno de las «joyas turísticas» nacionales (la policía arrestó a tres hombres acusados de ser los incendiarios). En 2015, en julio, un incendio comenzó en Alcobertas, en el Norte de Lisboa, destruyendo muchas hectáreas de terreno; en agosto del mismo año, el bosque de Mangualde, a unos 80 km al sudeste de Porto, ardió (la policía arrestó a un hombre acusado de ser el incendiario). De 2014 hemos hablado más arriba. En 2013, en agosto, fueron 9 las víctimas y otras 50 mil Ha. De bosque (más que en 2007 y 2008) ardieron, sobre todo eucaliptos; las zonas golpeadas fueron las de la Sierra de Caramulo y la del área natural «protegida» de la Sierra de Alvao, pero también en el Norte, a los pies de la Sierra de Estrela y en la isla de Madeira; también en este caso la policía detuvo a personas acusadas de haber comenzado el fuego (a una cincuentena) (3) Y estamos seguros de que veremos más noticias de incendios cada verano. En realidad, no hay ninguna voluntad de prevención, porque los incendios hacen bien al *negocio del fuego*.

Bajo el capitalismo, la clase dominante burguesa desarrolla políticas de prevención solo y exclusivamente si tales medidas contribuyen a hacer girar mejor y más rápidamente la máquina productiva y la circulación de los capitales. A veces, pero sólo bajo la vigorosa presión de la lucha obrera, aplica medidas de prevención después de reiterados episodios de infortunios y muertos en el trabajo, en las calles, en las viviendas; pero no es la norma y son innumerables los ejemplos que demuestran cuanto decimos. Sin embargo, no obstante la secuencia ininterrumpida de episodios a través de los cuales el criminal sistema económico y política capitalista genera destrucción y muerte, este sistema resiste y se mantiene en pie con la afectación y el tono de una clase dominante que sabe perfectamente sacar ventajas de las desgracias de las clases subalternas, ante las cuales está dispuesta a derramar algunas lágrimas y perder algunos instantes antes de retomar su «trabajo», el de explotar cada ocasión, cada posibilidad, para hacer negocios, para lograr el beneficio capitalista.

Por otro lado, es tal la intoxicación general de democracia y de legalismo, con sus connotaciones de individualismo, de soledad y de miedo, difundida sin tregua por toda la compleja máquina propagandística de la clase burguesa, que las mentiras, aún las más evidentes y abiertas, continúan venciendo sobre la realidad.

Usando los mismos instrumentos legales y democráticos, y solo estos, que la clase burguesa dominante pone a disposición de cada ciudadano y de cada asociación de ciudadanos, no se resuelven nunca las raíces de los problemas genera-

dos por los intereses capitalistas; interés que, por su naturaleza, es privado y enfrentado con cualquier otro interés capitalista, pero que junto a todos los intereses capitalistas privados encuentra en el Estado burgués su más fuerte y duradera defensa, aún en el caso de que estos intereses vayan en contra del famoso «bien común», el «bienestar general» y la «salud pública».

¿Arden uno o dos bosques de eucalipto? Los capitalistas de la lucha anti incendio, del canadair, de los medios de socorro, de la reforestación, de la reconstrucción de los edificios destruidos, de las calles y de todo cuanto el fuego ha devastado, se frotan las manos, como lo hacen los capitalistas que, por ejemplo, quieren realizar la reconstrucción de los pueblos después de un terremoto. Cada desgracia es para el capitalismo fuente de beneficio y si la desgracia no viene por «causas naturales», se provoca: basta con no adoptar las medidas de prevención adecuadas para estar seguros de que el desastre se repetirá.

Es el sistema capitalista y burgués en general el que debe ser destruido y sustituido por un sistema social completamente desligado de la explotación del hombre por el hombre, de la producción de mercancías y por el beneficio capitalista. Es una sola clase, el proletariado, la clase productora por excelencia, la que tiene la posibilidad de realizar esta revolución histórica; pero debe combatir contra el individualismo, contra el miedo de precipitarse en el aislamiento, contra la competencia contra el resto de proletarios para asegurarse un trozo de pan y debe resistir la atracción del fatalismo, debe rechazar la democracia como método en cuanto mentira y engaño para encontrar sus propias aspiraciones y sus propias energías en la lucha de clase anti burguesa, en la solidaridad de clase proletaria, en la organización independiente de clase, en ruptura con todo lo que representa el interés capitalista tanto sobre el terreno inmediato como sobre el político más general.

25 de junio 2017

Partido Comunista Internacional (El Proletario)

(1) www.ilpost.it/2017/06/18/portogallo-incendi/

(2) <http://lanuovaecologia.it/>

(3) <http://lifegate.it/persone/news/portogallo-incendi-persone-evacuate> ; <http://italian.irib.ir/notizie/item/196283-incendi-in-portogallo> ; www.ecoblog.it/post/108025/incendi-in-portogallo

Naturaleza y objetivos de la revolución cubana

(viene de la pág. 13)

bajo asalariado. A aquellos que —como los viejos arrendadores— ocupasen de hecho la propiedad, les será concedido el título. Está prohibida la aparcería, pero no el trabajo asalariado. El «mínimo vital» para una familia de 5 miembros es constituido por una empresa de dos caballerías (cerca de 26 Ha.) de terreno fértil no irrigado. El terreno agrícola será transferible sólo por herencia o venta al Estado, para prevenir la formación de nuevos latifundios. En fin —aquí está el nuevo elemento «socialista» de la reforma— está la institución tipo del nuevo sistema de propiedad: la cooperativa agrícola organizada y asistida por el INRA. Otra parte de la ley se refiere a la indemnización a los propietarios agrarios (¡) en forma de bonos a veinte años del gobierno nacional, con intereses del 4,5%.

Junto a las cooperativas agrícolas («cooperativas cañeras») se instituyeron 1400 «tiendas del pueblo», es decir, tiendas que en el campo vendían a los campesinos con algunos descuentos. Siempre en el campo de la agricultura y fuera de la ley de Reforma Agraria aparecieron en los años '60 las «granjas del pueblo» que eran grandes empresas estatales.

Por lo tanto, la reforma querida por todos es la medida que, más que ninguna otra, atacó a los intereses americanos. De aquí la reacción de estos, a la cual se debía responder con medidas aún más decisivas respecto a sus intereses si no se quería declarar fallida una revolución nacida por causas antiimperialistas.

En junio de 1960 las sociedades petrolíferas americanas rechazan refinar el petróleo soviético importado a raíz del acuerdo comercial de febrero. La respuesta es el secuestro y la posterior nacionalización de las refinerías. Los americanos entonces suspendieron el envío de petróleo desde Venezuela y Cuba se dirigió a la URSS para que satisficiera sus necesidades. Es de notar que, pese a representar en valor sólo el 5% de sus importaciones totales, el petróleo para Cuba es vital porque sus plantas termoeléctricas lo usan como combustible y porque toda su economía está, relativamente, mecanizada. Después llegó el turno del azúcar: los USA anularon la demanda de 1960 de 700 millones de toneladas que Cuba ofreció a la URSS a precio de mercado mundial, menor del aplicado a los USA y recibió garantías por parte de los países del bloque soviético de que importarían el azúcar producido en los próximos años. A la ofensiva del azúcar Cuba responde con nacionalizaciones de socie-

dades eléctricas, telefónicas y azucareras. El decreto del 6-08-1960 preveía el rescate con futuras entradas de azúcar en los USA. Como se ve, Castro trata aún de mantener buenas relaciones con el mayor adquirente de azúcar, es decir, los USA. Pero la ruptura es irreparable: estos rechazan las buenas relaciones y otras nacionalizaciones de filiales de empresas americanas de la industria de la goma, de la banca y una gran compañía de puros y cigarrillos tuvieron lugar. En octubre del '60 son 400 sociedades nacionalizadas, de las cuales las 20 mayores de propiedad americana. Un nuevo ataque de los USA: embargo de las exportaciones hacia Cuba (excepto medicinas y ciertos genéricos alimenticios). Esta responde con la nacionalización de otras 168 sociedades americanas.

Después de estos hechos las relaciones comerciales de Cuba se modificaron enormemente. Los USA, que antes absorbían los dos tercios de las exportaciones de Cuba y tres cuartas partes de sus importaciones, serán sustituidos por otros países, principalmente la URSS y sus satélites. Las consecuencias de estos cambios son de diversa naturaleza. Así, desde el punto de vista técnico-económico, se hizo sentir gravemente la falta de partes de recambio de la industria cubana, construida toda en América: de los tractores a los automóviles, de los aparatos de control a los catalizadores para el refinamiento del petróleo. Ciertamente la estabilidad del régimen de Castro está ligada a la posibilidad de que la economía se consolide superando varias dificultades que son aquellas que han acentuado el desarrollo de las fuerzas anti castristas internas, ligadas económica e ideológicamente a los americanos, y han provocado ulteriores radicalizaciones del régimen.

Los últimos acontecimientos son notables. Es por ello superfluo recordar cómo se llegó a la clamorosa derrota de las fuerzas mercenarias contrarrevolucionarias que intentaron la invasión también desde México contando con el apoyo de las fuerzas internas contrarias a Castro. Errores garrafales de valoración, preparación y organización han procurado a América una de las más horribles imágenes de su historia (lo que, entre paréntesis, da mucho gusto) Y es inmediatamente después de estas acciones militares que se volvió claro para los dirigentes castristas que no podían sino buscar el apoyo del bloque soviético, para cuyo reconocimiento parcial el 1º de Mayo de 1961 se declara «socialista» a la revolución cubana.

[CONTINUÁ
en el próximo número]

Manchester Arena: una masacre usada cínicamente para remachar la «unión sagrada» entre proletariado y burguesía

En los últimos dos años se han intensificado los atentados terroristas por parte de los adeptos del extremismo islamista, autodefinido de varias maneras, organizado sobre todo en Al Qaeda e ISIS (o Daesh) pero normalmente catalogado bajo la matriz del yihadismo – partidarios de la guerra santa– con raíces religiosas en el Islam fundamentalista.

¿Por qué estas raíces religiosas? Que es una autojustificación aparentemente «noble» y no «terrenal» para actos violentos reputados como reacciones a la violencia mucho más potente de los países imperialistas más fuertes, vestida de una especie de «derecho de respuesta» de parte de las «víctimas» contra los «agresores», es algo evidente a todos. Es muy cómodo para el Occidente capitalista, imperialista y cristiano, catalogar el actual «terrorismo internacional» exclusivamente como terrorismo de matriz islámica y contra este «mal» oponer el «bien» representado por una civilización que se jacta de defender en el mundo el progreso económico y social, la democracia y la paz... Sólo que el progreso económico y social se basa en la explotación bestial de la fuerza de trabajo humana, esclavizada en los países industrializados bajo la máscara de la democracia y las migajas de progreso económico concedidas a las masas proletarias. Y esclavizada, violentada, destruida de las maneras más crudas y cínicas posibles en los países menos industrializados, más pobres pero repletos de brazos que explotar o que tirar a la basura como «productos no vendidos»

¿Por qué los atentados de marca «islamista», después de las Torres Gemelas de Nueva York, han alcanzado a Madrid, París, Niza, Berlín o Londres? ¿Por qué se han concentrado en Europa, en la cuna de la civilización moderna (la cuna del capitalismo, del colonialismo, del imperialismo), la cuna en la cual se han formado y desarrollado todos los factores de un progreso económico, técnico y financiero, que después se han difundido por todo el mundo; y también la cuna de todos los factores de competencia y de lucha por la conquista de los mercados, de guerras de rapiña que caracterizan al mundo desde que la revolución antifeudal acabó con el dominio del absolutismo y de las viejas clases aristocráticas?

Los países europeos, que han representado durante siglos la colonización de continentes enteros, succionando los mayores beneficios a expensas de poblaciones enteras y de generaciones de esclavos, construyendo sobre esos be-

neficios su propio progreso económico, no podían sino constituir la meta anhelada (facilitada por el conocimiento de la lengua y de los hábitos de los viejos dueños) de las masas de inmigrantes que huían, y continúan huyendo, de condiciones de miseria, de represión y de devastación que precisamente el colonialismo burgués primero, y después la descolonización burguesa, han dejado en herencia a todos esos países. Celosos de su propia «identidad» nacional y de la protección de las ventajas que el dominio económico sobre el mundo garantizaba y garantiza en un cierto sentido a los viejos colonizadores –Gran Bretaña, Francia y Bélgica sobre todo– las burguesías europeas siempre han jugado a dos bandas: la de la llamada «*acogida*», en la medida en la cual los brazos para trabajar a bajísimo coste eran y son necesarios para los propios sistemas industriales y comerciales, y la de la defensa de la *legalidad*, es decir, de la lucha contra la inmigración no deseada y no considerada necesaria, tratada por ello como clandestina y a reprimir. Como los negros en América del Norte, así los inmigrantes africanos, mediorientales y orientales en Europa nunca han sido realmente «integrados» en los países en los cuales están establecidos; y no porque no se esfuerzan en perder los hábitos, la cultura, las costumbres de los países de origen para adquirir los hábitos, la cultura y las costumbres de los países capitalistas avanzados a los cuales emigran, sino porque el capitalismo, que es el modo de producción dominante, con todas sus contradicciones y sus antagonismos sociales, se basa en la división y no en la unión, en los atropellos y no en la igualdad, en la guerra y no en la paz. La división en clases antagonistas entre ellas no es una invención del marxismo, ni una situación histórica temporal que pueda ser superada gracias a las adecuadas medidas diplomáticas y de política económica y social; es una condición material histórica de tal manera profunda y determinada que, para superarla, se requiere una profunda revolución, mucho más profunda y definitiva de lo que fue la revolución burguesa que liquidó el dominio del feudalismo y del despotismo asiático; una revolución que puede ser llevada a cabo solo por la clase social que no tiene nada que ganar, sino todo que perder en esta sociedad: la clase del proletariado, de los sin reservas, la clase de los que viven exclusivamente si trabajan, si se hacen explotar por las condiciones impuestas por el capitalismo.

El hecho es que esta clase, en parti-

cular el proletariado de los países más potentes, ha sido hasta tal punto desgastado, embrutecido y embotado durante cien años de dominio imperialista que no ha reencontrado aún la fuerza social para reconocerse como aquello que histórica y materialmente es, la clase antagonista por excelencia de la burguesía: La única clase que posee una tarea histórica condensada en el programa del comunismo revolucionario, el único que representa una alternativa global y definitiva al capitalismo. Este proletariado que, a caballo entre los siglos XIX y XX, demostró en los hechos que tenía la fuerza para representar esa alternativa, con sus movimientos revolucionarios de 1848 en toda Europa, con la Comuna de París en 1871, con la Revolución Rusa de octubre de 1917 y con todos los movimientos revolucionarios que en los años veinte del siglo pasado atacaron a las fortalezas del capitalismo no sólo en Europa sino también en China y en todo el Asia Central.

Aquel desarrollo histórico, al final de una larga guerra de clase contra la burguesía de todo el mundo, no terminó a favor del proletariado internacional. La intoxicación democrática, pacifista y oportunista debilitó los órganos políticos dirigentes del proletariado a nivel internacional, a tal punto de transformarlos en agentes de la burguesía contra el propio proletariado, partiendo del estalinismo para después seguir con el maoísmo, con el castroguerrismo y el guerrillerismo de diferentes naturalezas, desviando y destruyendo el programa auténticamente comunista.

El proletariado europeo, que fue el más avanzado del mundo, una vez derrotado en su lucha revolucionaria, se plegó a las políticas y a las exigencias del imperialismo de los respectivos países; las burguesías inventaron los amortiguadores sociales para acallar las exigencias elementales de los propios proletarios y, con el fascismo, adoptaron la política de la colaboración de clase oficializada a nivel de leyes del Estado. El propósito de cualquier burguesía nunca ha sido el de ofrecer al proletariado condiciones de explotación menos penosas y la aplicación de todos los derechos que democráticamente estaban inscritos en las leyes y en las Constituciones de cualquier Estado, sino ligarse, a sus propios intereses, a su propia suerte, al propio proletariado para que soportase, en los hechos, todos los esfuerzos y todas las consecuencias de la

oscilante economía capitalista, sobre todo en los periodos de crisis económica y de guerra. Los proletariados europeo y americano, en particular, pero también del resto de países que están inmersos en el desarrollo capitalista están habituados no sólo a utilizar, para la defensa de sus propios intereses, los instrumentos políticos y económicos *burgueses* (elecciones, parlamento, referéndum, libertad de empresa, de iniciativa, etc.) sino a utilizarlos en el ámbito de la *colaboración de clase* superando los límites que a este mismo interclasismo ofrecía el viejo reformismo.

¿Por qué nos hemos extendido en estos conceptos a partir de un trágico suceso como la matanza del Manchester Arena? Desapareciendo el antagonismo de clase entre proletariado y burguesía, emerge aún más violento, caótico y obscuro, el antagonismo burgués y pequeño burgués.

La lucha de la burguesía de un país contra las burguesías extranjeras y competidoras es permanente; la lucha entre fracciones burguesas competidoras entre ellas en el interior del mismo país es también un hecho permanente (basta pensar en las luchas entre lobbys antagonistas); la lucha de la burguesía contra el proletariado, para plegarlo cada vez más a sus propias exigencias y a sus propios intereses, no cesa nunca, como las medidas de una cada vez más dura austeridad han demostrado. Por lo tanto, en el cuadro de una continua competencia y de una continua guerra de competencia en el interior de los mismos estratos sociales burgueses y pequeño burgueses, demostrada sobre el plano político entre partidos que corrompen y partidos que se hacen corromper y sobre el plano más violento de las organizaciones de la criminalidad, diferenciadas ellas mismas por intereses económicos y financieros contrapuestos, se inserta la acción de grupos y redes de aquello que viene a ser llamado «terrorismo», y que no es otra cosa que la expresión, ciertamente más violenta, de intereses económicos, financieros y políticos que se contraponen —en muchos casos, lejos de los países en los cuales los atentados tienen lugar— a los intereses nacionales de los países capitalistas, aquellos que dominan el mundo y que, con sus intervenciones militares y sus guerras de rapiña, por ejemplo en Irak, en Afganistán, en Libia, en Siria, deshacen los equilibrios existentes, colocando, en el caos provocado por las devastaciones de la guerra, a numerosos grupos en situación de verse empujados a hacerse con parcelas de poder para extraer beneficio de la explotación de los recursos naturales eventualmente presentes, del proletariado existente y de cualquier situación natural existente como las vías de agua o de comunicación terrestre consideradas estratégicas

para el comercio y para el transporte de personas o tropas; grupos y redes que, inevitablemente, se alquilan a unas y a otras potencias imperialistas de las que tienen en su mano el control.

Que las milicias del «terrorismo» tipo Al Qaeda o Daesh, tienen necesidad de fuertes motivaciones materiales e ideológicas es obvio; de la misma manera que los proletarios tienen necesidad de fuertes motivaciones materiales e ideológicas para ser movilizados en defensa de la patria, de los intereses nacionales, en la paz y mucho más en la guerra... Los soldados que iban al enfrentamiento en la I Guerra Mundial, y en la Segunda, recibían la bendición de los curas con el hipócrita objetivo de salvar... el alma mientras iban a hacerse matar; los milicianos de las organizaciones terroristas de las cuales hablamos no son menos: reciben la bendición de su imán mientras van a hacerse saltar por los aires para difundir terror a sus enemigos del momento.

La diferencia está en que los ejércitos, en general, se enfrentan entre ellos; los milicianos terroristas, cuando no se combaten entre ellos, van a París, Berlín o Londres a masacar gente que pacíficamente se mueve y se divierte en una cotidianeidad supuestamente normal.

Pero aquellos milicianos terroristas encuentran una motivación material y moral mayor: responden a los bombardeos y a las masacres que destruyen vidas a millares, vidas de niños, de mujeres, de hombres de cualquier edad, llevando al corazón de las relucientes metrópolis europeas el terror visto durante años en Falluja, en Tikrit, en Bagdad, en Mosul, en Damasco, en Trípoli, en Homs o en los pueblos de montaña de Afganistán. El hecho de que los ejecutores materiales de los atentados terroristas en Europa sean casi siempre «ciudadanos» europeos, de origen iraquí, sirio, libanés o de otros países árabes, de segunda o de tercera generación, demuestra que, no sólo la llamada «integración» no ha tenido lugar porque en esta sociedad no existe igualdad (ni entre los vivos ni entre los muertos), sino que la persistencia de largas guerras y de masacres en las antiguas colonias continúa produciendo no sólo sufrimiento y miedo, sino también rabia e impulsos a reaccionar con la misma violencia en lugares en los cuales este tipo de violencia puede hacer más daño, mejor si simbolizan la manera de vivir occidental, descuidada y despreocupada respecto de las masacres que continúan acumulándose en los márgenes de la opulenta Europa.

Que este tipo de terrorismo tiene una matriz social e ideológica referida a la pequeña burguesía es un dato que hemos subrayado muchas veces y sobre el que no volveremos aquí. Falta simplemente el hecho de que contra este

fenómeno, las clases dominantes burguesas tienen un motivo más para llamar a los proletarios a la unión sagrada, a defender la democracia, la convivencia civil, la cultura, los hábitos y las costumbres de lo que llaman la *occidentalidad*, en una palabra, a defender un sistema y un Estado que son en realidad el origen de todos los atropellos, de toda la represión, de toda explotación y de toda guerra.

Es por ello que los proletarios deben negar su solidaridad a una patria que en los hechos utiliza los mismos métodos que el terrorismo, pero a nivel mucho más sofisticado y compacto de lo que lo hacen los grupos del «terrorismo islámico». Los proletarios, dando su solidaridad a sus propios capitalistas, no hacen otra cosa que sostener y alimentar los factores de competencia y de antagonismos entre burgueses, negándose a sí mismos la única vía de lucha y de emancipación de cualquiera de las formas de opresión y de sometimiento que la sociedad burguesa exuda por sus poros: la vía de la reanudación de la lucha de clase, de la reorganización independiente de clase del proletariado, en defensa exclusivamente de sus propios intereses inmediatos y futuros. La respuesta proletaria debe dirigirse sin duda contra estos actos terroristas, pero desde el punto de vista *de clase*, es decir, desde el punto de vista de la independencia organizativa, política e ideológica de cualquier organización política e ideológica de la burguesía y de la pequeña burguesía, que son en realidad sus enemigos.

La reanudación de la lucha de clase, como ya ha sucedido en la historia, tiene la fuerza para absorber los impulsos de rabia y de reacción provocados por la desesperación social, uniéndolos en la perspectiva clasista revolucionaria, dándoles una motivación no solo moral, sino histórica para que el objetivo no sea ya nunca más el de salvar el alma o lograr un más allá de paz y serenidad mientras en la vida terrenal se sufre y se muere en defensa de un sistema basado exclusivamente sobre la explotación del trabajo asalariado, sobre la violencia económica y social y, por lo tanto, de un sistema que niega un futuro diferente, sino el de participar en una lucha que cambiará el mundo abriendo la sociedad a una organización racional y coherente con las necesidades no del mercado, sino de la especie.

25 mayo 2017

Partido Comunista Internacional
el comunista- leprolétaire — el proletario — proletarian — programmecommuniste — el programa comunista

Huelga general en el Rif:

El proletariado y las masas súper explotadas rifeñas dan una lección que debe superar todas las fronteras

Desde hace varios meses los medios de comunicación burgueses dan noticia de una serie de revueltas en el territorio marroquí del Rif. En las últimas semanas el habitual silencio informativo sobre los conflictos sociales en países extranjeros, sobre todo si estos países son importantes socios económicos y políticos de España, parece haber cedido algo y periódicos como *El País* han comenzado a informar regularmente acerca de lo que está pasando en las ciudades y pueblos del noroeste del país.

El origen de las revueltas se encuentra en el mes de octubre de 2015, en Alhucemas. Entonces unos vendedores ambulantes de pez espada, especie cuya pesca está prohibida en el país durante los meses de octubre y noviembre por los acuerdos pesqueros con la Unión Europea, fueron retenidos por la policía que confiscó la carga para después destruirla a la vista de todos en un camión triturador de basura. Los vendedores se lanzaron a por la mercancía incautada una vez esta había sido arrojada al camión, momento en el cual, según afirman los testigos, uno de los policías dio el orden de encender el mecanismo triturador del camión para matarlos. Dos de ellos lograron escapar, el tercero murió. Tras observar la escena algunos jóvenes, llenos de ira, se lanzaron a improvisados discursos de protesta que hicieron prender la llama en la ciudad. Según afirmaron estos mismos jóvenes el asesinato del vendedor ambulante no se debió sólo a la extrema crueldad de una policía que actúa despóticamente en las calles de todos los pueblos y ciudades del Rif. El hecho realmente importante es que los vendedores retenidos no pagaban la cuota por tráfico de pez espada a la mafia que controla la pesca en el puerto de la ciudad de Alhucemas y los policías, de acuerdo con esta misma mafia, quisieron dar una lección a todos los presentes acerca de los riesgos de no obedecer a estos negociantes del mercado negro.

Después de este incidente y durante seis meses seguidos la llama de la revuelta ha prendido a lo largo y ancho del territorio rifeño. El llamado Movimiento Popular del Rif, o *Hizak*, el abigarrado movimiento de las masas populares rifeñas, formado por jóvenes parados, pequeños agricultores al borde de la ruina, pescadores y otros sectores de la población que subsisten en una de las regiones más empobrecidas del Magreb, ha cobrado fuerza y se ha estructurado a través de líderes y métodos informales de coordinación. Si bien es un movimiento que en lo esencial manifiesta un profundo descontento y una gran rabia contra la situación que padecen los habitantes del campo y de las ciudades rifeñas, y que por lo tanto expresa prácticamente tantas reivindicaciones

como necesidades acuciantes se sienten en cada zona de la región, sus puntos reivindicativos básicos son: el juicio a los responsables del asesinato del vendedor ambulante; el fin de la militarización de Alhucemas regulada por el Decreto de 1958; el fin de la presión sobre los pequeños agricultores; una amplia gama de exigencias sociales básicas referidas a sanidad, educación, infraestructuras, etc. Reivindicaciones democráticas completamente compatibles con el régimen burgués, pero que en la situación real se demuestra que no pueden ser en absoluto logrados por las masas sino con una presión incluso violenta de movimientos en la calle y huelgas generales.

Durante meses, pese al silencio tanto de los medios de comunicación marroquíes como de los medios extranjeros, interesados en mantener la imagen de país progresista que es uno de los principales agentes de la estabilidad en la región, los jóvenes rifeños se han enfrentado a diario con la policía, han huido de las detenciones, han convocado cierres de comercios... hasta llegar a la huelga general convocada para los días 17, 18 y 19 de junio en protesta por la condena a 18 meses y 25 días de prisión que el régimen marroquí ha impuesto a los detenidos en las protestas.

El Rif es una de las regiones de Marruecos donde más difícil es vivir para la población autóctona. Como tal ni siquiera está reconocida por el gobierno de Marruecos, conformando sus ciudades parte de la región de Tetuán-Tánger. De hecho, desde hace dos años la capital de esta región ni siquiera es Alhucemas sino Tánger, una ciudad mucho más «presentable» para el gobierno, dedicada al turismo, con un nivel de empleo mayor (en ella se concentra una parte importante de la industria mecánica, textil y automovilística marroquí) y con menos miseria en las calles. Pero pese a este intento de pacificar mediante el silencio y el olvido a una región entera, el Rif tiene una larga historia de combate en la historia de la lucha anticolonial y popular de la región magrebí. Fue en el Rif donde, durante los cinco años que van desde 1923 a 1926, Abd-el-Krim declaró, durante la lucha contra las potencias española y francesa que buscaban hacer valer sus intereses imperialistas en la zona, fundamentalmente centrados en la extracción de minerales como el fosfato de calcio, la llamada Guerra del Rif (1921-1926), la primera República independiente del Norte de África. Este ejemplo de lucha anticolonial, que no solo sacudió a la región rifeña sino que tuvo importantes repercusiones en España en la medida en que hizo tambalearse las últimas posesiones coloniales del país, sigue plenamente presente

en una zona donde la mayor parte de la población es de origen bereber-Amazig (como en la región de la Kabilia argelina o en el propio Sáhara Occidental) y ha pagado con creces el hecho de haber sido la avanzadilla de la lucha de las masas populares contra la opresión imperialista salida del reparto de zonas de influencia en África a principios de este siglo. En este orden de cosas es imprescindible señalar que la independencia de Marruecos, lograda frente a España y Francia en 1956, fue saludada en el Rif por una importante revuelta que, durante los años 1958 y 1959 se desarrolló en la zona exigiendo la «verdadera independencia» de Marruecos, es decir, la emancipación de la tutela imperialista impuesta por Francia, la nacionalización de los recursos productivos (minas esencialmente), etc. Esta revuelta, que fue duramente reprimida, señalaba los verdaderos problemas que la descolonización planteaba en el Norte de África en el momento en que Marruecos alcanzó su independencia: el Estado marroquí era, realmente, un títere en manos de la antigua metrópoli; la independencia del país tenía como objetivo asegurar un bastión de poder para el imperialismo francés que le permitiese mantener su lucha contra las aspiraciones nacionales argelinas y una convivencia pacífica con España, que aún controlaba el Sáhara Occidental y, finalmente, las verdaderas filiacones locales no habían sido respetadas con el mapa creado por la potencia saliente.

Desde entonces, el Rif ha sido un continuo quebradero de cabeza para el gobierno marroquí. En el año 1984 los estudiantes de la región comenzaron otra serie de revueltas desencadenadas por la negativa de la monarquía a reconocer los sindicatos estudiantiles. Tras la represión, otra vez durísima, la región quedó en un abandono absoluto: falta de infraestructuras, de hospitales, de escuelas... el gobierno castigó a los levantiscos rifeños intentando aislarlos del resto del país y sumiéndoles en la pobreza. Este es, de hecho, el verdadero origen de la masiva inmigración de habitantes del Rif, que es visible tanto en España como en el resto de Europa. Y también es el origen del cultivo de cannabis que es la materia prima del principal recurso productivo de muchos pueblos de la zona: el hachis que las mafias internacionales exportan a Europa y que da empleo a unos 200.000 campesinos y ocupa 74.000 hectáreas.

Pero los habitantes del Rif no se han resignado a este estado de cosas. En 2011, durante la llamada primavera árabe, miles de ellos se lanzaron a las calles de las principales ciudades exigiendo prácticamente las mismas reivindicaciones que hoy plantea el Movimiento Popular. De hecho esta fue la única región

del país donde las protestas de 2011 no fueron pacíficas: 33 edificios públicos, 24 sucursales bancarias, 50 comercios y casas y 66 vehículos fueron incendiados o parcialmente destruidos. Cinco jóvenes murieron durante las revueltas, según la prensa marroquí, porque tras asaltar una sucursal bancaria, el resto de manifestantes decidió quemarla mientras ellos estaban dentro.

Toda una historia de lucha y de revueltas que ha vuelto a cobrar intensidad en los últimos meses.

Si bien la prensa española quiere vincular el movimiento de protesta del Rif con un supuesto nacionalismo inveterado de las masas campesinas y de las tribus locales, la realidad está bien lejos de estas fantasías. Las revueltas del Rif no tienen su origen en un conflicto nacional, por mucho que los habitantes de esta región sufran una presión desmedida por parte del gobierno y la corona de Rabat que se visibiliza en el ataque a sus símbolos culturales y lingüísticos. Históricamente incluso la supuesta «independencia rifeña» siempre estuvo vinculada a la defensa de la independencia de Marruecos, sin constituir un conflicto aparte, involucrando a los mejores luchadores de la época de las revueltas anticoloniales en ella, con Abd-el-Krim a la cabeza. Con la independencia nacional marroquí de 1956 también se cerró, por lo tanto, la vía a una hipotética independencia rifeña.

La opresión que históricamente han padecido las masas del Rif a manos del Estado tiene sus orígenes en el papel que ha jugado el reino alauí desde su independencia y en la vía que siguió para lograrla. Marruecos, desde el año 1956 en que tanto Francia como España le conceden la independencia y la unidad territorial de que hoy dispone, ha constituido un Estado supeditado a las funciones de gendarme que las potencias imperialistas europeas y americanas le asignaron para cumplir en la conflictiva zona del Norte de África en una época en que, al comienzo de la potente oleada de luchas anticoloniales que sacudieron el mundo de la segunda postguerra mundial, los movimientos de independencia de Argelia o Túnez, pero también otros más lejanos como los de Egipto e incluso Indochina, amenazaban con debilitar seriamente los intereses del imperialismo en la región. Como un auténtico policía del Magreb, con una monarquía que había sido un aliado histórico de las potencias franco-españolas en la zona, restaurada como seguro para una independencia cómoda para los imperialismos, los anhelos de las masas populares y del joven proletariado marroquíes se vieron frustrados: la sistematización nacional, consigna fundamental de todas las burguesías revolucionarias en la época de su lucha por las conquistas democráticas, se realizó abiertamente contra estas posibles consignas, que en ningún caso llegaron a alcanzar el nivel de las masas explotadas del país. Por ello, una región como el Rif, verdadera vanguardia de la lucha

revolucionaria por la independencia desde la época en que España bombardeó Alhucemas con armas químicas, se vio especialmente golpeada por el nuevo régimen y sus reivindicaciones democráticas fueron una y otra vez aplastadas hasta llegar al momento actual.

Intentando encuadrar la lucha de la población del Rif en unas reivindicaciones exclusivamente nacionales y culturales, consigna que siguen también los pocos grupos de la izquierda extraparlamentaria que prestan atención a lo que sucede en el país vecino, no sólo se busca desnaturalizar la lucha de los jóvenes desempleados, los campesinos arruinados, etc. También se intenta romper el verdadero alcance que esta lucha podría llegar a tener. Porque la región del Rif, con una población amazigbereber mayoritaria, tiene fuertes vínculos no sólo con el resto de Marruecos, sino también con la zona de la Kabília argelina, tan dispuesta siempre a amotinarse contra el régimen de Argel porque sufre condiciones de existencia similares a las de sus vecinos, del Sáhara Occidental, donde un verdadero conflicto nacional permanece abierto pese a todos los intentos de Marruecos, España y las Naciones Unidas, de derrotar a las masas saharauis y obligarlas a morir de miseria en los campos de concentración en los que vegeta buena parte de ellas. La lucha de las masas rifeñas tiene valor, por lo tanto, no sólo local o nacional, sino también internacional en la medida en que puede constituir un revulsivo para el resto de las poblaciones sometidas y divididas por fronteras completamente artificiales.

De lo que se trata realmente al negar este carácter potencialmente subversivo en términos que van más allá de lo local, es de someter a los rebeldes rifeños a una serie de exigencias que únicamente pueden ir en el sentido de lograr concesiones parciales por parte del Estado marroquí. Exigencias de carácter exclusivamente democrático que sólo el sultán de Rabat estaría en condiciones de otorgar, siempre y cuando se realicen respetando los intereses nacionales que tan útiles resultan para las burguesías de Washington, París y Madrid. Exigencias, por lo tanto, que mantendrían el estatus quo local, favoreciendo únicamente cierto progreso económico en la línea de lo que ya está realizando Marruecos desde que accedió al trono Hassan II (nuevas carreteras, potenciación de la industria con la nueva acería de Nador, mejora de los recursos turísticos para los visitantes europeos que tantas divisas aportan...). Pero con ellas el problema real de las masas del Rif, el que ha llevado a buena parte de su población a emigrar a España y a Francia, seguirá sin resolverse. Los campesinos pobres y los proletarios rifeños seguirán padeciendo la extraordinaria represión que hoy día es habitual en las calles de Alhucemas. El desempleo y el sometimiento a las mafias internacionales del comercio de droga seguirán ahí. Porque Marruecos, al margen de utilizar los recursos rifeños para seguir esa «línea

de progreso» de la que hablaba hace pocos días el presidente francés Emmanuel Macron, no va a cambiar su naturaleza capitalista, ni va a ver variar el apoyo que le prestan las potencias europeas como socio privilegiado de estas.

La experiencia, 6 años después de la llamada «Primavera Árabe», muestra que las reformas democráticas no tienen cabida en países que están firmemente dirigidos por una burguesía experimentada en la explotación y la represión de su proletariado y del resto de clases subalternas. Estos países juegan un papel esencial en el dominio imperialista del mundo por parte de las grandes potencias que les utilizan como garantes de sus intereses en la región y que con ello consolidan su estabilidad y que, por ello, pocos o ningún cambio relevante van a permitir en su seno.

Sólo la lucha de clase del proletariado estaría en condiciones de abrir la vía para cambiar completamente esta situación... No se trata de que no existan exigencias comunes al conjunto de la población de regiones como el Rif que deban ser satisfechas. Pero de nuevo la experiencia de la «Primavera Árabe» ha mostrado que estas exigencias no pueden ser llevadas a buen término siguiendo el programa político y de lucha de los estratos pequeño burgueses de la población. El Estado marroquí, en el caso del Rif, no se va a «democratizar» más de lo que ya está, no cabe por tanto apelar a reformas institucionales que puedan resolver permanentemente ningún problema. Es el conjunto de la burguesía marroquí y de las burguesías euro-americanas las que tienen un interés directo en el mantenimiento del estatus quo regional y eso pasa por mantener sometidas a las masas rifeñas. Por ello, es únicamente el proletariado, la clase que porta en su seno la contradicción esencial de la sociedad, el ser el productor de toda la riqueza existente y el estar a la vez privado de su disfrute, el único que puede llevar a cabo incluso las más mínimas mejoras sociales para las masas proletarias y campesinas del Rif que estos días se bate con tanto coraje contra una policía y un ejército que llevan en su uniforme las banderas de todas las burguesías coaligadas contra ella.

Podrá pensarse que el Rif es una región exclusivamente poblada por campesinos pobres y trabajadores de oficios como la pesca o el contrabando; que no hay un proletariado muy numeroso en la región. Pero al hacerlo se olvida que la principal exportación al resto del mundo que realiza el conjunto de Marruecos es la de un proletariado que emigra hacia Andalucía, Madrid, París o Amsterdam. Es, en buena medida, un proletariado rifeño disperso por toda Europa que se ve también implicado en esta lucha en la medida en que sus familias permanecen allí, padeciendo la miseria diaria o luchando en las calles. Este proletariado, que ha dado ya muestras de una combatividad excepcional, como

(sigue en pág. 20)

¡Para que renazca la lucha de clase del proletariado!

¡Contra toda desviación de los intereses de clase proletarios, contra toda política interclasista y cualquier salida chovinista, racista, oportunista entre los explotados de cualquier edad, género, raza, nacionalidad y país!

¡Proletarios, compañeros, hermanos de clase de cualquier país!

En esta sociedad vuestra vida, desde el nacimiento, está marcada: estáis condenados a ser fuerza de trabajo a explotar, mercancía a intercambiar, productores que extorsionar. Si encontráis trabajo vivís; si no lo encontráis sois lanzados a los márgenes de la sociedad y, por lo tanto, de la vida, condenados a ser rechazados por una sociedad que alaba al mercado, al beneficio, al dios dinero, al súper dios capital.

La «libertad» en la cual la sociedad burguesa os hace nacer, vivir y morir, es la libertad de los capitalistas de obligaros al sometimiento ante las leyes del capitalismo según las cuales —en la sociedad del mercado, del dinero, del cambio, del beneficio— se puede vivir, o mejor sobrevivir, sólo plegándose a la esclavitud salarial. El trabajo, es decir la actividad humana en todos los campos del hacer, del

pensar, del vivir, en vez de quitar progresivamente a la vida social las mayores fatigas liberando al máximo las capacidades innovadoras que cualquier actividad en su desarrollo conlleva; en vez de poner a los seres humanos en condiciones de dedicar a la pura supervivencia el mínimo de esfuerzo y de energías posibles dejando que cada uno utilice la mayor parte del tiempo de su vida a la satisfacción de sus propios deseos y de sus propias propensiones respecto al arte, al bienestar físico y mental, la sociabilidad, la conciencia, el ocio; el trabajo, en la sociedad capitalista es un tormento, una fatiga desmedida, una condición de esclavitud, una fuente de malestar, de estrés cotidiano, de enfermedad y de muerte.

Las capacidades físicas, nerviosas e intelectuales de las cuales los seres humanos están dotados naturalmente, en lugar de ser una fuente de bienestar general, compartido socialmente, y de proporcionar a toda la hu-

manidad una evolución en las artes del trabajo, se han convertido en valor de cambio, simples mercancías en manos exclusivamente del mercado y de sus cínicas leyes de dar y de tener, de la ganancia producida por su explotación, del beneficio capitalista, en suma: del capital. En la sociedad burguesa el trabajo de la gran mayoría de los seres humanos es trabajo asalariado, es decir, una actividad que es utilizada sólo si produce beneficio y que es pagada con un salario. Los modernos proletarios son, precisamente, los *trabajadores asalariados*, es decir, aquella mayoría de la población constreñida a trabajar en condiciones económicas dictadas e impuestas por el capitalismo.

La «relación de trabajo», todo proletario lo sabe por su propia experiencia, consiste en dar al patrón una cantidad y una calidad de trabajo cotidiano, durante un cierto número de horas diarias, según las directivas que el patrón impone en su empresa y recibir

Huelga general en el Rif

(viene de la pág. 19)

en el caso de las revueltas de jornaleros en El Ejido en el año 2000, está respondiendo tímidamente a las revueltas. En las principales ciudades de la llamada diáspora rifeña, están apareciendo «Comités rifeños» que salen a la calle para protestar por la situación que se vive en su región de origen. Sin duda se trata de pequeñas tentativas de romper el aislamiento que padecen tanto los rifeños que viven en Marruecos como los que viven en Europa; están controladas también por el terrible peso del oportunismo político tradicional que abate a los proletarios europeos y que pretende que, con cartas de protesta ante las embajadas y ministerios, las potencias occidentales le retirarán al gobierno de Rabat la carta blanca que le han dado para sofocar las revueltas. Pero el potencial clasista que poseen estos proletarios no puede ser despreciado sin más, como no lo puede ser el que posee la propia revuelta en el Rif.

Hoy los proletarios de Europa per-

manecen insensibles ante situaciones como las del Rif. Décadas de colaboración entre clases, de dominio absoluto de las políticas oportunistas en el cuerpo social de la clase proletaria, han logrado que una huelga general que afecte directamente a miles de proletarios junto, por ejemplo, a una ciudad como Ceuta donde conviven proletarios árabes, bereberes y europeos, les resulte indiferente. Pero estas sacudidas sociales no pasan en balde. Basta recordar como la serie de revueltas en Siria, Túnez y Egipto de 2011 dio lugar al estallido social del 15 M en España. Estas revueltas, si bien no encuentran el camino que podría hacer que se extendiesen por encima de razas y fronteras, el camino de la lucha de clase del proletariado, horadan lentamente los cimientos del edificio de la colaboración entre clases. Deberán suceder muchas como la que actualmente vive el Rif para que los proletarios tanto de África como de Europa despierten de su letargo, para que los proletarios inmigrantes en España, Francia o Alemania trasladen a sus hermanos de Marruecos, Túnez, Mali o Senegal, la experiencia de la lucha de clase del proletariado revolucionario de los años '20 europeos. Y para que estos

mismos proletarios, hoy en día carne de cañón para las mafias de traficantes de personas y para los burgueses europeos, constituyan un revulsivo para las adormecidas masas proletarias de Europa. Pero incluso cuando somos perfectamente conscientes de que esta posibilidad no está aún próxima, que muchas y muy duras lecciones deberán sacarse antes de que esté en el orden del día, en estas revueltas que son despreciadas tanto por el estalinismo y la socialdemocracia, dentro y fuera de Marruecos, los comunistas revolucionarios vemos el trabajo incesante del viejo topo que sigue horadando y preparando el futuro de la reanudación de la lucha revolucionaria del proletariado en todo el mundo.

¡Solidaridad con el proletariado y las masas explotadas rifeñas!

¡Viva la huelga general del Rif!

¡Por el retorno de la lucha de clases!

¡Por la reconstitución del Partido Comunista, internacional e internacionalista!

a cambio una cantidad de dinero, el salario. Pero el salario no se corresponde nunca con el *valor* efectivo del tiempo de trabajo dado al patrón, sino con el *valor* del «coste de la vida» deducido de las estadísticas de mercado que las asociaciones de los patrones y los gobiernos sacan de sus indagaciones. Y exactamente en esta diferencia de valor entre tiempo de trabajo diario dado por el proletario al patrón y el tiempo de trabajo diario efectivamente pagado por el patrón al proletario, se sitúa el misterio del beneficio capitalista: ¡el misterio del *plusvalor*! Ninguna habilidad especial para los negocios, ninguna habilidad contable particular, ningún descubrimiento genial, ninguna ley «natural» particular del dar y del tener están en la base de la riqueza de los capitalistas. La verdadera riqueza de los capitalistas proviene exclusivamente de la explotación del trabajo asalariado, por lo tanto de aquello que el marxismo ha llamado: ¡extorsión de plusvalor del trabajo asalariado!

Cierto, en la sociedad burguesa el trabajo asalariado es aplicado a la producción de mercancías y a su distribución, a su colocación en el mercado que, en su tiempo, superó fácilmente los confines de la ciudad y de los países para convertirse en mundial. Pero la sociedad burguesa no ha nacido de la nada, no ha nacido de la idea de algún precursor genial; ha nacido sobre las cenizas de las sociedades que la han precedido, sobre las cenizas del feudalismo y de la sociedad antigua; ha nacido de la historia de las sociedades divididas en clases, de sociedades que mostraban a unas clases dominantes, minoritarias pero dueñas absolutas de los medios de producción y de la tierra, y a unas clases dominadas, mayoritarias y dueñas de los instrumentos de trabajo y de pequeñas parcelas de tierra; nació en la evolución del trabajo humano, del descubrimiento de otras tierras y de otros continentes, del progreso industrial, pero llevó consigo la herencia que hacía de la sociedad burguesa una sociedad dividida en clases: la propiedad privada de los medios de producción y de la tierra. Como siempre ha sido, en la historia de las sociedades humanas, se pasó de una organización social a otra a través de guerras y revoluciones, con la constitución de Estados como máximos organizadores de la sociedad y así ha sido también para la burguesía, clase social que representaba el triunfo inexorable del progreso industrial en una sociedad —la feudal— que con sus vínculos económicos y políticos impedía el desarrollo económico del progreso social y por ello cayó bajo los golpes, contemporá-

neamente, del desarrollo económico y de la revolución política y social. El gran progreso económico que el capitalismo ha desarrollado en la sociedad estaba basado en una economía cuyos pilares —propiedad privada de los medios de producción y de la tierra, capital y trabajo asalariado— existían. El Estado burgués no ha hecho sino sustituir al Estado feudal o de las sociedades más antiguas, respondiendo de manera del todo eficaz a las nuevas y cada vez más imperiosas exigencias del desarrollo del capitalismo. La burguesía, en tanto nueva clase dominante respecto a todas las otras clases dominantes que la han precedido, ha elevado a la enésima potencia el comercio, el intercambio mercantil, la producción para el mercado, llevando a consecuencias extremas la lucha de competencia entre capitales, empresas, trust, Estados de un mercado, convertido en mundial, pero para la grandísima producción industrial capitalista cada vez más «pequeño» e incapaz de absorber, a precios estables, la cantidad y la variedad de las mercancías producidas.

El capitalismo no ha hecho otra cosa que simplificar la estratificación de las clases sociales, llevándolas en definitiva a tres: capitalistas, propietarios de la tierra y proletarios, pero al mismo tiempo, revolucionando continuamente, a través de las innovaciones técnicas, la actividad productiva y distributiva de este modo de producción la vida de los seres humanos bajo cualquier cielo, en cualquier paralelo, en cualquier meridiano. El capitalismo, al mismo tiempo, ha transformado a la gran mayoría de los seres humanos del mundo en proletarios, en trabajadores asalariados, es decir, en seres humanos cuya vida depende exclusivamente del hecho de que su fuerza de trabajo, sea o no explotada por cualquier capitalista (no importa si pequeño, medio, grande, privado o público). Y, dado que la burguesía está guiada por el beneficio capitalista y no por la satisfacción de las exigencias de vida de los seres humanos, desarrollando su propio modo de producción no logrará nunca explotar toda la fuerza de trabajo a disposición del mundo, produciendo de esta manera, además de la masa de proletarios que explota efectivamente en sus propias empresas, también una enorme masa de proletarios que no tienen trabajo, por lo tanto que no tienen salario, y que constituyen el enorme ejército industrial de reserva que —para sobrevivir— migra forzosamente de una empresa a otra, de una situación de explotación bestial a otra, de un país a otro, de un mar a otro, atravesando en con-

diciones de un riesgo altísimo fronteras y territorios del todo hostiles. Pero la burguesía, de esta manera, produce al mismo tiempo aquello que el *Manifiesto del Partido Comunista* de Marx y de Engels llamó sus sepultureros, los proletarios que un día, unificando sus propias fuerzas sobre la base de sus propios intereses de clase se revolverán contra los poderes burgueses, sus intereses y sus Estados.

¡Proletarios, compañeros, hermanos de clase de cualquier país!

Desde hace décadas el Primero de Mayo no es ya la jornada de lucha que en un tiempo fue, indicada como ocasión para unir idealmente, pero sobre el terreno de la lucha económica y política, a los proletarios de todos los países. El oportunismo de las organizaciones sindicales y de las organizaciones políticas que se hacían y se hacen pasar aún hoy como organizaciones «de los trabajadores», debilitando sistemáticamente la fuerza proletaria, ha logrado un objetivo preciosísimo para los capitalistas: la colaboración de clase sistemática, codificada con tantas leyes y reglas para recordar la colaboración de clase impuesta bajo el franquismo con el Sindicato Vertical. El sistema de la colaboración de clase responde al objetivo de llevar a los proletarios a sostener las exigencias de la empresa en la cual trabajan como si fuesen sus propias exigencias y a hacer depender sus propios intereses, sus propias reivindicaciones, de la satisfacción primaria de las exigencias de la buena marcha de esta empresa. Esto significa, en los hechos, que los intereses proletarios sobre el plano salarial, sobre el de las condiciones de trabajo, sobre el normativo, deben pasar a un segundo o tercer plano o deben simplemente desaparecer o ser postergadas a quién sabe cuándo porque lo importante es que la empresa «sobreviva», que la empresa logre un «crecimiento económico», que la empresa vuelva a acumular los beneficios que con las inversiones de capital pretende, que la empresa viva a costa de bajar los salarios, cancelar poco a poco la serie de ventajas conquistadas en su momento por las luchas, aumentar el ritmo y el horario de trabajo y de disminuir el coste del trabajo, es decir, despidir. Naturalmente, las *exigencias* de cada empresa capitalista están dictadas por el mercado en el cual la empresa está inserta y si, por razones de mercado, la empresa encuentra con-

(sigue en pág. 22)

(viene de la pág. 21)

veniente deslocalizar en parte o del todo su actividad, la colaboración de clase es llamada a gestionar el «delicado» traspaso.

El sindicalismo obrero, en su momento, a través de las asambleas de trabajadores, informaba a los proletarios de la situación que se estaba dando, proponía los objetivos de lucha para defender los intereses de los trabajadores y recogía en estas asambleas el humor y el espíritu de lucha expresado por los proletarios. Pese a haberse convertido en sindicatos rojigualdas (es decir, que, simbólicamente, han sustituido la defensa del color rojo de la lucha y la revolución proletaria por el rojo y el gualda de la bandera nacional, símbolo de la burguesía a la que mantienen por encima de todo, de la misma manera que en Italia y en Francia los sindicatos «tricolores» sustituyeron la orientación *roja* por la identificación con los tres colores de la bandera nacional), es decir, en sindicatos que colocan desde el principio, en toda ocasión, los intereses de los obreros en un segundo lugar haciéndolos depender sistemáticamente de los intereses empresariales; en las asambleas los obreros aún tenían la posibilidad de hacer sentir directamente la propia propensión a la lucha en defensa de determinados objetivos en lugar de otros. Desde hace mucho tiempo el sindicalismo colaboracionista, acabando con el sentido de las asambleas obreras, sustituyéndolas con los referéndums, ha introducido en las filas proletarias un *sentido normal de derrota preventiva*, construido sobre la continua laceración de las luchas, sobre el fraccionamiento de estas, sobre su aislamiento y sobre la falta de apoyo real tanto por parte de las organizaciones sindicales como por parte de los otros proletarios. El colaboracionismo de clase asegura el propio apoyo a las empresas y al Estado colocando a su servicio la «fuerza social» del proletariado; y cuando eleva la voz es simplemente un brindis al sol porque materialmente, de manera concreta y física es contrario a organizar y a apoyar la lucha proletaria con los medios y los métodos tradicionales de la lucha proletaria de clase. Para el sindicalismo rojigualda todo se debe desarrollar con negociaciones con la cúspide de la empresa, cualquier litigio debe partir de aquello que quieren los patrones y de aquello que los patrones están dispuestos a conceder a los proletarios y en los tiempos que convengan a los capitalistas.

¡Proletarios!, mientras que os dejéis

sumergir en el pantano de las llamadas «negociaciones» sindicales gestionadas por organizaciones que se dirigen a sostener a la economía nacional y al sistema económico capitalista general, estaréis siempre en manos de las «exigencias superiores del mercado»: todos vuestros intereses inmediatos, todas vuestras reivindicaciones sobre el plano salarial y sobre el de las condiciones de trabajo acabará por ser siempre, antes o después, malversado y traicionado porque los intereses de clase de los capitalistas no se combinan nunca con los intereses de clase de los proletarios, porque los intereses de aquellos que son sistemáticamente explotados durante toda su vida nunca pueden ser los mismos que los de aquellos que les explotan, de aquellos que tienen en su mano prácticamente su vida.

Los proletarios poseen, sin embargo, objetivamente, una gran fuerza: son mucho más numerosos que los capitalistas y que los estratos pequeño-burgueses que disfrutaban de los resultados de la explotación del trabajo asalariado, pero sólo con la cantidad numérica no basta. Lo numeroso de los proletarios se convierte en una fuerza positiva si es organizada y dirigida hacia objetivos de clase comunes, sobre el terreno de una lucha que supere cualquier fraccionamiento, cualquier división, cualquier separación y, sobre todo, si aquellos objetivos responden exclusivamente a los intereses de clase de los proletarios. La lucha por el salario, por el aumento del salario y la disminución de la jornada de trabajo, constituye la base de cualquier unión de clase para combatir contra la esclavitud salarial: el salario, en la sociedad capitalista, es el único medio verdadero para sobrevivir y es sobre el salario que se consume el chantaje sistemático del capitalista porque responde al coste vivo del trabajo. La lucha por el salario, para defenderse de su bajada y para conquistar una subida adecuada al coste de la vida, ha sido completamente desviada y sustituida por las organizaciones oportunistas con la lucha «por un puesto de trabajo», colocando así las condiciones de defensa de los proletarios en las manos de los capitalistas y de su Estado porque el puesto de trabajo de los trabajadores asalariados depende estrechamente de la organización de la empresa, de su plano industrial, de su posición en la lucha de competencia sobre el mercado, de las inversiones que la empresa decide hacer y que puede hacer en busca de los beneficios: el puesto de trabajo es el aspecto de las relaciones de trabajo entre proletarios y capitalistas que

depende enteramente de los patrones. Pero es, al mismo tiempo, el lugar donde el trabajador *ofrece*, día tras día, su fuerza de trabajo al capitalista para que la explote en su beneficio, recibiendo a cambio un salario que le sirve para sobrevivir. El «puesto de trabajo», en sustancia, tiene dos caras, una respecto a la supervivencia de los trabajadores y otra que se refiere a la ganancia del capitalista que saca beneficio sólo si explota al trabajo asalariado, por ello es el aspecto de las relaciones de trabajo en el régimen capitalista que más aparece como *interés común*, y sobre el cual la colaboración interclasista hace fácilmente su juego.

Falta el hecho de que, en esta sociedad, cualquier proletario está *constreñido* a encontrar un puesto de trabajo para lograr un salario y por lo tanto para sobrevivir; en general no tiene ninguna posibilidad de «elegir» este o aquel trabajo, de trabajar en este o en aquel ámbito, en este o aquel sector, en esta o aquella ciudad o en este o aquel país. Para sobrevivir debe vender a cualquiera su propia fuerza de trabajo, entrando así en el mercado de trabajo del cual puede ser expulsado de imprevisto, temporal o permanentemente según situaciones que no dependen de su capacidad de trabajar sino de la competencia entre capitalistas. Y es a causa de la lucha de competencia entre capitalistas que los puestos de trabajo, si un día se vuelven «disponibles», el día después pueden acabarse: a la llamada al trabajo le sigue el rechazo, y así el proletario ocupado ve a su propio hermano de clase desocupado sabiendo que mañana el desocupado puede ser él mismo. La *certeza* del puesto de trabajo para cada proletario individual no existe, y cuanto más se agudiza la lucha de competencia entre capitalistas, más puestos de trabajo se convierten en una «lotería»; más aumenta la incertidumbre del puesto de trabajo, más capacidad tienen los capitalistas para chantajear a los trabajadores tanto sobre el plano de la bajada salarial como sobre el de las condiciones de trabajo o sobre el de la competencia entre proletarios, instigada por otra parte por la presión de los trabajadores ocupados que, por un puesto de trabajo, se auto obligan a ofrecerse a salarios cada vez más bajos.

Sin embargo, hay una cosa que, en un cierto sentido, los proletarios pueden «elegir»: luchar por sus propios intereses, por los intereses proletarios más generales en lugar de colocarse de parte de los intereses de la empresa y, por lo tanto, de los capitalistas. En vez de continuar sufriendo el chan-

taje de los capitalistas y de su Estado, unirse y luchar para encauzar y combatir una presión que, con las crisis económicas del capitalismo, está destinada a aumentar cada vez más. Las viejas armas de la lucha de clase: huelga sin preaviso y a ultranza, organización de la lucha sólo y exclusivamente entre proletarios, asambleas permanentes con el fin de vigilar constantemente la marcha de la lucha, unificación de las luchas entre las diversas empresas y los diversos sectores, enfrentarse a las maniobras de los patronos y de sus esbirros en las acciones de esquirolaje, etc. son las únicas con las cuales los proletarios pueden reconquistar la fe en sus propias fuerzas y recomenzar a luchar sobre el único terreno sobre el cual se miden y se deciden efectivamente las relaciones de fuerza. Lo que los proletarios deben reconquistar es la consciencia de que sólo con la lucha de clase podrán sus traerse a las maniobras y tácticas oportunistas que les paralizan, les rompen, les dividen, les transforman en mercancías deterioradas.

Sólo con y en la lucha de clase – como ha demostrado la larga historia de las luchas de clase- el proletariado reconocía y volverá a reconocer una perspectiva de emancipación de su condición de esclavitud salarial. Del abismo al cual han sido precipitados los proletarios y en el cual les mantienen las organizaciones sindicales y políticas oportunistas y colaboracionistas, preparándoles para una colaboración de clase que del terreno de la paz social se podrá transformar mañana en colaboración de clase sobre el terreno de la movilización bélica, los proletarios podrán salir sólo a través de la más drástica y neta ruptura de la paz social, aceptando finalmente el terreno de la lucha que la clase burguesa lleva a cabo contra la clase proletaria a través de los despidos, de las reducciones salariales, de los chantajes en el puesto de trabajo, el empeoramiento de las condiciones generales de trabajo y de vida, la incertidumbre sistemática de un futuro visible para las jóvenes generaciones, las discriminaciones constantes entre trabajadores masculinos y femeninos, jóvenes y ancianos, autóctonos y extranjeros. En un abismo aún más dramático han sido y están siendo precipitados millones de proletarios que huyen de la miseria más negra, del hambre, de las guerras que incendian constantemente a los países donde los grandes trusts y los grandes Estados imperialistas tienen inmensos intereses que defienden con inmensas masacres. La clase de los proletarios, tomando consciencia de su fuerza social

objetiva, puede enfrentarse a esta guerra sistemática que la burguesía conduce en su contra; aceptando la comunidad de intereses entre burgueses y proletarios, la clase proletaria se suicida, se ofrece inerme al holocausto que se está preparando porque los vientos de guerra que ya soplan muy fuertes en muchas zonas del mundo se avecinan cada vez más incluso a la pacífica Europa.

Nuestro reclamo a la lucha de clase es, hoy, lanzado a un proletariado aún intoxicado por electoralismo, pacifismo, parlamentarismo, democratismo, a un proletariado ilusionado con poder evitar desastres aún peores que aquellos que ya le han golpeado a través de las crisis económicas, simplemente fiándose por enésima vez o bien de los mismos partidos y de las mismas organizaciones sindicales que cambian de piel en cada estación pero que no cambian su naturaleza colaboracionista y anti obrera, o quizá a nuevas organizaciones consideradas «antisistema» que en realidad no son sino quienes vigilan el descontento generalizado con el fin de volver a llevar a las masas proletarias al cauce de la «legalidad democrática», de la «vida civil», del «diálogo social», en suma de la colaboración entre clases. Es cierto que el capitalismo no cambia su naturaleza agresiva, pesada, destructora típica del mercantilismo exasperado; y también la clase dominante burguesa, que es la representante del capitalismo y que disfruta de sus privilegios a costa de la gran mayoría de la población existente, puede cambiar métodos de gobierno, según la presión social que deba afrontar, pero no cambia su naturaleza de explotador del trabajo humano y de dominador social que está en la base de su sed de poder y de beneficios. Así, en los países donde hay una democracia más o menos aplicada o una dictadura más o menos blanda, se da el hecho de que mientras en el poder esté la clase burguesa el capitalismo continuará produciendo sus desgracias, sus guerras, sus masacres y los proletarios de todo el mundo continuarán siendo la clase cada vez más sometida y explotada con el único fin de mantener con vida el régimen de la propiedad privada y de la apropiación privada de la riqueza social producida por la fuerza de trabajo asalariada.

Para acabar con la explotación del hombre por el hombre, para acabar con la miseria, el hambre, la pobreza que afecta a millones y millones de seres humanos, para acabar con las guerras y las masacres que golpean en cada década desde el siglo pasado en adelante, ninguna vía que es propuesta

por todos aquellos que no ponen en discusión el modo de producción capitalista –del pacifismo religioso o laico al democratismo de diferentes colores pero siempre dado a la colaboración de clase- podrá jamás resolver la cuestión social, ni sobre el terreno de la paz, ni sobre el plano de la guerra. La única vía resolutive es la de la lucha de clase del proletariado que reanude su camino, como siempre en la historia, de la lucha económica, de la lucha de defensa sobre el terreno inmediato para desarrollar en el proletariado mismo la consciencia de que, superando la competencia instigada entre sus filas por la ideología y la práctica de la burguesía, tendrá la fuerza de reunir a los proletarios por encima de los sectores y de las empresas, por encima de los límites de todos los países, por encima de toda distinción de género, de raza, de nacionalidad, formando de esta manera el magnífico ejército revolucionario del cual el proletariado ruso, hace cien años, en la época de su revolución proletaria, dio el primer ejemplo mundial.

¡Por el renacimiento de la lucha de clase!

¡Por la reanudación de la lucha proletaria en la perspectiva de la revolución anticapitalista y, por lo tanto, antiburgesa!

1 de mayo de 2017 **PARTIDO
COMUNISTA INTERNACIONAL**
(il comunista – le prolétaire – le proletario – proletarian – programmecomunista – el programa comunista)



LEE
EL PROLETARIO
Órgano del Partido
Comunista Internacional

**¡SOSTENED Y DIFUNDID
LA PRENSA
DEL PARTIDO!**

El programa del Partido Comunista Internacional

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Livorno con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

PARTIDO Y CLASE

Sumario

- Nota preliminar
- Prefacio (Del prefacio de la edición en español de 1974)
- Tesis sobre el papel del partido comunista en la revolución proletaria (Resolución del IIº Congreso de la Internacional Comunista, 1920)
- Partido y clase (De Rassegna Comunista, año I, nº 2 del 15 de abril de 1921)
- Partido y acción de clase (De Rassegna Comunista, nº 4, 31 de mayo 1921)

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

Visita el sitio del Partido

www.pcint.org

Correspondencia :

Pour l'Espagne: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Pour l'Italie : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Pour la France : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Pour la Suisse : Editions Programme, Ch. de la Roche 3, 1020 Renens